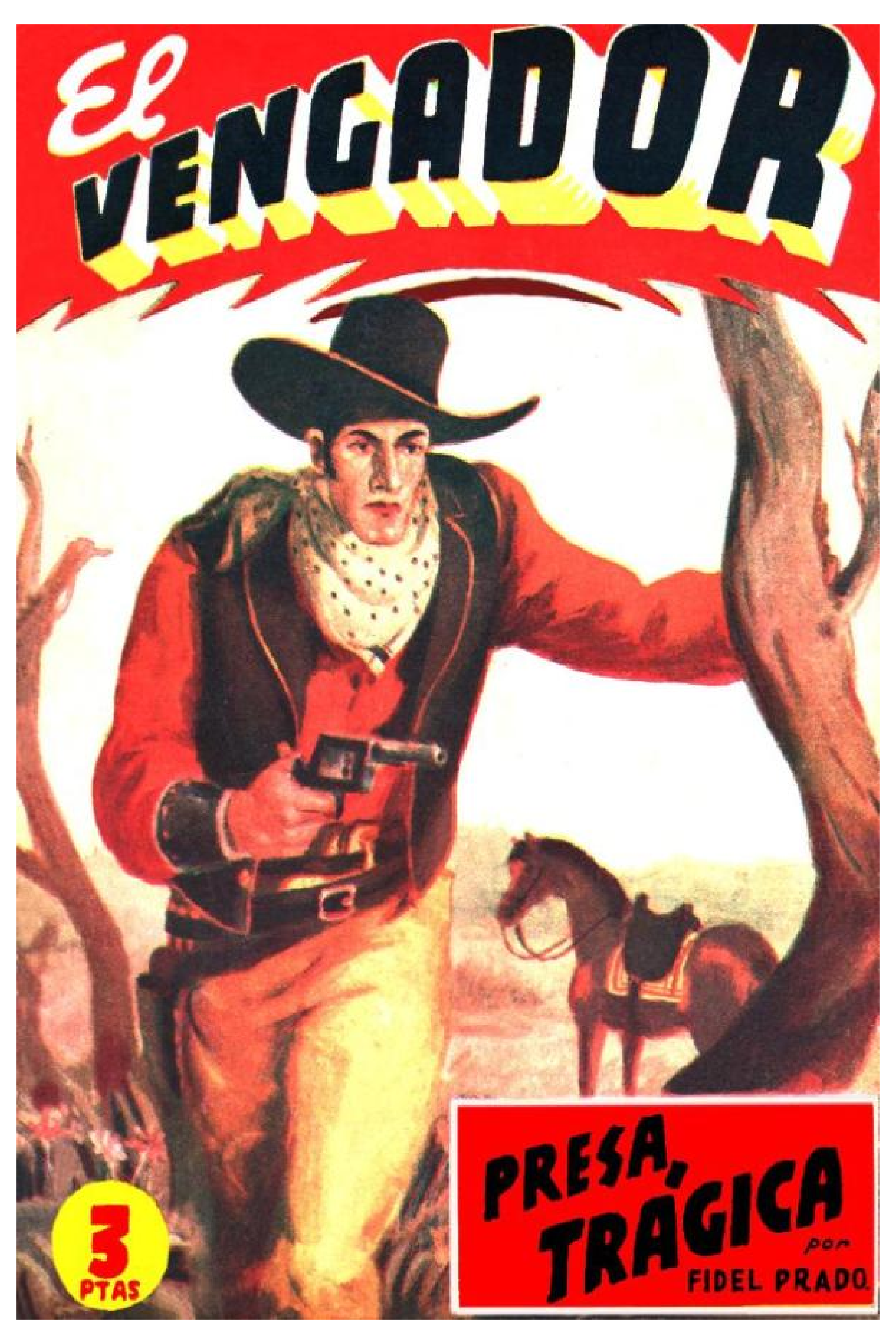

El
VENGADOR
3
PTAS
PRESA,
TRÁGICA
por
FIDEL PRADO



Núm. 3

La Presa Trágica

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies — Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1.—Juramento cumplido.
2.—Jack, el Zurdo.
3.—La presa trágica.

PROXIMOS TITULOS

Un sheriff a la medida.
El rastro sangriento.
El jinete fantasma.

PRIMERA EDICIÓN 1945

Impreso en España *Printed in Spain*



CAPITULO I

UNA FUNCION TRAGICA



USTIN, el estratégico y populoso poblado del Estado de Texas, uno de los lugares más concurridos del Suroeste de Norte América, hallábase aquella tarde más animado que nunca.

Buen número de vaqueros, conductores de manadas de reses que hacían la llamada ruta de Texas, desde la frontera mexicana a Dallas, habían recalado en el pueblo con la animación y el ansia de divertirse, propia de quien ha pasado muchos días por los valles y cañones pendiente de las reses, sin más distracción que la peligrosa y agotadora que produce la conducción de los hatajos, y un anhelo loco de desquitarse de las fatigas de las rutas, animaba a aquellos hombres broncos y selváticos, que, cuando perdían el freno de sus nervios, eran peor que una «estampida» de los hatajos que conducían.

En el teatro de San Antonio, una inmensa barraca acondicionada

para dar espectáculos, se celebraba una función en la que tomaban parte algunas artistas muy conocidas en la región, y tanto los *cowboys* como los indígenas y muchos forasteros de los que frecuentaban Austin, se habían provisto de sus correspondientes localidades para presenciar el entretenido espectáculo.

No se encontraban tan gozosas como ellos, las infelices muchachas destinadas a alegrarles la velada. Conocían sus reacciones y sus impulsos, sabían de sus osadas y groseras galanterías y del modo que tenían de exteriorizar su regocijo, pero no tenían otro remedio que cumplir sus compromisos y aguantar el chaparrón de frases soeces, chicoleos capaces de ruborizar al pistolero más templado de todo el Oeste e incluso los excesos de algún bruto, que, ahíto de alcohol, se sintiese inclinado a ejercitar su puntería con los quinqués que iluminaban la escena, provocando algún siniestro de los muchos que ya habían ocasionado con sus ruidosas manifestaciones de entusiasmo.

Aquella tarde, Sol King, «El Vengador», había recalado en Austin sin un objetivo determinado. Sabía algo de un tahúr desaprensivo que venía dejando una estela de tragedia económica por donde pasaba, merced a su habilidad cambiando los naipes con rancheros ingenuos, y se había propuesto dar fin a sus habilidades productivas; pero no sabía si el indeseable se encontraba en Texas, o si su dinamismo le había llevado a Montana como lugar más distante de la Confederación.

Al leer los anuncios de la función en unas carteleras portátiles que llevaban a hombros unos mozalbetes, sintió curiosidad por conocer el espectáculo y tras sufrir mil apreturas y estar expuesto a entablar rudas peleas con los vocingleros *cowboys*, consiguió un boleto para la función.

Después de comer y dejar su caballo bien acondicionado en la fonda, se dirigió al local con cierta anticipación. Presumía que los bancos estarían rebosantes de público y no quería pasarse dos o tres horas a pie firme.

Cuando penetró en el local ya éste contenía buen número de espectadores, pero pudo conseguir un asiento hacia la mitad de la sala, precisamente en la punta de un banco.

Como aún era temprano y tardaría en dar comienzo el espectáculo, se dedicó como pasatiempo a revisar el local y, sobre todo, al pintoresco público que lo llenaba.

El teatro, como decimos, era un gran barracón con un escenario al fondo, separado de la sala por una cortina roja que se corría a los lados en dos mitades. El escenario se hallaba a una altura de medio metro del suelo de la sala y en el testero que formaba la separación se apoyaba un piano vertical destinado a acompañar los bailes y las

canciones de las artistas.

El salón estaba cuajado de bancos que apenas si dejaban espacio para el paso entre las paredes y los asientos, y únicamente en el centro se dividían, formando un pasillo que corría a lo largo desde la única puerta de entrada, hasta morir en el propio escenario.

De mitad para arriba, un gran tablado que avanzaba hacia la sala, bien sujeto por vigas de madera, formaba una galería con bancos en forma de escalera hasta alcanzar el techo.

Un vocerío ensordecedor animaba la sala. Los ruidosos *cowboys* que no habían conseguido boleto para la planta baja, llenaban la galería, donde se amontonaban como sardinas en tonel. Era un abigarramiento innoble, que les sumía en sudor y les asfixiaba, pero no por eso se sentían molestos ni se quejaban de aquel embotellamiento. Luego, paseó la vista por la sala y distraídamente, repasó cuantos se hallaban a su alrededor, buscando alguna conocida que no encontraba.

No la encontró, pero sin saber por qué, se sintió atraído por una figura maciza, vigorosa, plena de fortaleza, que, inquieta y nerviosa, se levantaba y sentaba a cada momento, echando profundas e inquietas miradas por la sala y la alta galería, como si buscase a una determinada persona que no lograba localizar.

A Sol le fue simpático el tipo. Se le observaba un poco cohibido con su traje de día de fiesta, quizá porque estaba más acostumbrado a lucir su enorme pecho en mangas de camisa que embutido en su ajustada chaqueta, pero se le observaba cierto aplomo y un aire dominador que le acreditaba como hombre acostumbrado a mandar.

Tenía el pelo recio y canoso, cortado casi al rape, las cejas muy pobladas, un espeso bigote que le ocultaba casi los labios, y su piel rojiza acusaba todos los rigores del sol y los zarpazos del frío.

Junto a él, imitándole en los movimientos con menos asiduidad, pero tan nervioso o más, se destacaba un joven alto, flexible, de rostro también curtido y de rasgos tan similares al anciano, que Sol no dudó en catalogarlos como padre e hijo.

De vez en vez cambiaban impresiones en voz baja, para retornar a su inspección ocular hasta que, pasado el tiempo, los agrios chirridos del piano anunciaron que el espectáculo iba a dar comienzo, cosa que les obligó a permanecer sentados.

La cortina se corrió, mostrando a la vista el pequeño escenario decorado con un simple telón pintarrajeado de flores a modo de jardín, y una muchacha pequeña, pizpireta, vestida con un atuendo exótico que pretendía ser un elegante traje de noche y sólo era un remedo burdo de él, entonó con no desagradable voz un vals de moda que los vaqueros corearon a voz en grito, formando una

algarabía fenomenal.

Más tarde, una pareja de chicas esbeltas y flexibles, bailaron un can-can importado de Europa, que levantó tempestades de rugidos entre los *cowboys*.

Exaltados, se obstinaron en hacerlo repetir varias veces hasta que las muchachas, agotadas, se dejaron caer sobre el escenario faltas de fuerzas para moverse.

Pero el número de fuerza lo constituía la «Bella Arlete» una morena de ojos grandes y ardientes y cuerpo de palmera, que estaba obteniendo un éxito apoteósico en todo el Oeste, en particular con una canción que titulaba, «El vaquero enamorado», que si para ella constituía el éxito de sus triunfos, para las empresas era un quebradero de cabeza por lo perjudicial, ya que el estribillo, compuesto con picardía, era un canto a la valentía del vaquero defendiendo a tiros el amor de su amada.

Casi siempre, el estribillo, que repetía una frase donde se imitaba el estampido del *colt*, era subrayado a lo vivo con disparos de revólver desde el público, y si bien estos tiros solían tener por blanco el techo de los locales, era de temer que un día algún *cowboy* borracho, se extralimitase y tomase por diana a la artista, aunque ésta parecía muy segura de su impunidad.

Y así, cuando llegó el coreado refrán de la canción y la «Bella Arlete» quiso imitar con la voz el disparo del arma, varias detonaciones atronaron la sala, subrayando sonoramente la canción, y un estrépito de carcajadas acogió la intervención estruendosa de los conductores de manadas.

Cuando sonaron los primeros disparos, Sol volvió instintivamente la cabeza hacia la galería y clavó sus ojos en ella.

Algo le decía al corazón que el espectáculo iba a concluir siniestramente y no apartaba la mirada de aquel lugar muy difícil de controlar desde abajo, pues gran parte de los asientos se perdían en el interior que tapaba el piso de la gradería.

El estribillo volvió a comenzar y los vaqueros se prepararon a darle más realce con sus ruidosas intervenciones.

De repente, Sol se levantó del asiento impulsado por un movimiento nervioso. Había visto la siniestra boca de un *colt* surgir de la primera fila de la gradería, apuntando no a la parte alta del techo, sino hacia el piso bajo donde se hacinaba el público y, rápido como una centella, llevó la mano al revólver, pero llegó tarde. Las detonaciones vibraron estruendosamente, al tiempo que un rugido de dolor se mezclaba con ellos y la maciza silueta del espectador grueso de canos cabellos, en quien Sol había fijado su mirada de modo inconsciente, se levantaba de un salto, para caer desplomado junto al joven que se sentaba a su lado y a quien King tomó por su

hijo.

El grito de agonía del herido y las exclamaciones de sorpresa de sus vecinos de asiento, sembraron la alarma en la sala. El piano enmudeció, la «Bella Arlete», al enfrentarse con el cuerpo del caído, sufrió un síncope y cayó desmayada sobre las tablas, y varios espectadores volvieron la cabeza hacia la galería, en la que se habla producido el consiguiente tumulto, empuñando sus revólveres por temor a una nueva agresión.

Sol, animado de una rabia loca ante el cobarde atentado, saltó como un muelle con los revólveres en la mano y, atropellando a los que se oponían a su paso, tomo hacia la salida única del local, con ánimo de intervenirla. Poseía una idea algo aproximada del autor del disparo, debido a que se fijó en su verde pañuelo anudado al cuello y en su camisa de franela a cuadros azules.

Unos pasos precipitados y una alta figura que le iba pisando los talones le obligaron a volver la cabeza ante el temor de una agresión, pero pronto se tranquilizó al descubrir que quien le seguía era el joven que acompañaba al muerto.

El muchacho, de facciones enérgicas y de rasgos acusados, llevaba pintado en el rostro el dolor y la ira que le había producido el suceso, y en el temblor de su mano afianzando el revólver, Sol adivinó el ansia homicida que animaba su espíritu.

Volviéndose a él preguntó escuetamente:

—¿Su padre acaso, muchacho?

—¡Sí, le han asesinado vilmente! Me temía que algo así le iba a suceder y por eso le acompañé… No supuse que el ataque fuese tan cobarde.

Habían llegado a la puerta; Sol preguntó:

—¿Qué pretende usted hacer?

—No lo sé. Creo que descargar el arma contra todo el que intente salir.

—Deje eso de mi cargo. Creo poder localizar al agresor. He captado algunos rasgos que le denuncian. Escuche, voy a pedir el revólver a determinados tipos de los que están ahí dentro. Guárdeme las espaldas por si acaso. Creo que localizaremos al asesino.

Los primeros espectadores se agolpaban ya en la puerta pretendiendo abandonar el salón. Temían que el suceso provocase algún conflicto grave y no querían exponerse a ser víctimas de una lucha estúpida y sin objetivo determinado.

Pero al llegar a la puerta, cuatro amenazadores revólveres les cortaron el paso, al tiempo que Sol, con voz que era una terrible amenaza, advertía:

—¡Cuidado! Salgan en fila y con los brazos en alto. Al primero

que haga un movimiento mal hecho le clavaremos en esa puerta.

Sobrecogidos de sorpresa, obedecieron, y Sol, sin apartar de ellos los revólveres, les fue haciendo señas para que saliesen.

Un vaquero con un pañuelo verde y una camisa azul apareció en el vano. Sol dudó un momento, pues no le parecía el tipo que él creyó localizar, pero deteniéndole gritó:

—¡Un momento, compañero, enséñame tu revólver!

—¿Qué pretendes con eso? —contestó el *cowboy* agresivo—. ¿Acaso crees que yo he sido el asesino?

—Quiero comprobarlo. Si tu revólver no se ha disparado te pediré perdón.

El vaquero desenfundó el arma entregándosela a Sol y éste abrió el cargador.

Todas las balas estaban dentro de él y no se notaba señal alguna de pólvora.

King se lo devolvió, diciendo:

—Perdona, muchacho. Puedes marcharte si quieres.

El vaquero abandonó la salida y nuevos elementos fueron desfilando a los ojos de Sol.

De súbito, llenaron el hueco un grupo de individuos de aspecto hosco y agresivo. Todos llevaban la mano apoyada en la culata del revólver y entre ellos figuraba uno que lucía un pañuelo verde al cuello y una camisa azul a cuadros.

Sol creyó reconocerle y, rápido, advirtió en voz baja a su compañero:

—¡Cuidado con esos tipos, no les pierda de vista!

Los dos enfilaron sus cuatro revólveres y Sol gritó:

—Un momento, amigos; salid uno a uno y rascándoos las narices con las dos manos, que es la postura menos peligrosa.

—¿Para quién? —preguntó con sorna el del pañuelo verde.

—¡Para vosotros! ¡Vamos, aprisa! Había tal resolución en la actitud de Sol y tal fiereza en los ojos del muchacho, que el grupo obedeció, separando las manos de los revólveres.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó el del pañuelo—. ¿Acaso eres tú el *sheriff* de Austin?

—En este momento como si lo fuera... Vamos, muchachos. Un paso al frente uno a uno...

Dos se adelantaron pasando, pero el joven les hizo señas de que se apartasen a un lado de la puerta y el resto se colocó detrás del que lucía el pañuelo verde, como si tratasen de guardarle las espaldas.

Cuando el aludido avanzó decidido, Sol le detuvo apoyando uno de los revólveres en su pecho.

—Dame esa arma—ordenó.

—¿Para qué?

—Quiero conocer su mecanismo. Me figuro que es un *colt* que funciona con mucha suavidad.

—No dispara mal... Si no me hubieses tomado la delantera, quizá te hiciese una demostración práctica de ello.

—No ibas a poder, te pesa mucho la mano para llevar a cabo lo que fanfarroneas. ¡Dame ese revólver!

El individuo le lanzó una mirada que era todo un poema criminal y, rechinando los dientes, gritó:

—¿Quién eres tú para exigirme tal cosa?

—La persona no hace al caso. Quiero saber si esa arma ha sido disparada y lo sabré.

—¿No basta que yo lo diga? Sí, ha sido disparada... Se han disparado muchas esta tarde ahí dentro... ¿Es que todo el que ha disparado lo ha hecho contra ese infeliz?

—No, claro que no... Solamente ha disparado una.

—¿Y cómo vas a saber cuál ha sido?

—Eso es muy fácil... Todos los que han disparado no llevaban al cuello pañuelo verde y camisa azul a cuadros...

—¡Ah!... ¿Es eso?... Entonces, tienes razón. Ahí va mi arma.

Llevó la mano al revólver y lo extrajo velozmente intentando disparar, pero Sol que había adivinado su idea a través de su turbia mirada, se adelantó. Uno de sus revólveres tronó con estrépito y el individuo soltó el *colt* cuando lo disparaba, llevándose las manos al vientre. La bala se clavó en tierra a unos centímetros de Sol, el cual, temiendo la reacción de los que acompañaban al caído, se movió, con rapidez de un salto atrás encañonándoles siniestramente.

Pero la cuadrilla no se amilanó y pronto trataron de ayudar al *cowboy* herido usando de sus armas. El compañero de Sol que no les perdía de vista, intervino como un relámpago. Dos consecutivos disparos hirieron a dos de los más levantiscos, mientras Sol hacia morder el polvo a un tercero y desarmaba de un tiro al cuarto. El resto se replegó al interior del local, disparando desde él, mientras Sol y su compañero, alejándose de la trayectoria de las balas, tenían bloqueada la puerta.

Alguien intervino a su favor desde fuera al darse cuenta del motivo del tiroteo; algunos vaqueros levantiscos, sin saber por qué se peleaban, pero encontrando de su gusto el tiroteo, se asomaron a las ventanas altas para disparar desde ellas, entablándose una verdadera batalla y, por fin, ésta cesó al hacer su aparición un grupo de soldados armados de rifle.

Los combatientes huyeron como cornejas al ver aparecer a los soldados y solamente Sol y su compañero aguardaron su aproximación, sin moverse y sin perder de vista la puerta del teatro.

Cuando el cabo que mandaba el pelotón se acercó requiriendo que le fuesen entregados los revólveres, el joven se adelantó diciendo:

—Un momento, cabo, no podemos entregarlos mientras no se desaloje ese local y se detenga a los que nos han atacado. Ahí dentro ha sido asesinado hace un cuarto de hora mi padre, *sheriff* de Georgetown, y ahí yace su matador, mientras dentro, aún se refugian elementos de la cuadrilla que le secundaban.

El cabo pidió aclaraciones y el muchacho que dijo llamarse Buttu Merrit se las facilitó en la amplitud posible.

Sol por su parte, contó su intervención en el caso y cómo habla sido agredido al pretender detener al asesino, así como la intromisión violenta de sus secuaces, y el cabo, haciéndose cargo de la situación, dio orden a sus soldados de penetrar en el local y desarmar a todos los que se refugiaban en él, haciéndoles salir uno a uno y recomendándoles que se pasasen por las oficinas del *sheriff* a recoger más tarde sus armas y justificar su personalidad.

Luego, acercándose al que parecía jefe de aquella banda, se inclinó sobre él en unión de Buttu y Sol.

El herido aun respiraba, pero con suma dificultad. Se le observaba en los estertores de la agonía, y el cabo, tratando de sacar alguna utilidad de sus últimos instantes de vida, preguntó:

—Habla... ¿Quién eres y por qué has intentado matar al *sheriff* de Georgetown?

El herido miró con rabia infinita a Sol y luego, musitó:

—Yo... yo... me pagaban por... por... matarle... La presa... es... la que... ¡oh!... buscar a... a...

No pudo decir más. Se llevó convulsamente la mano a la garganta y tras un impresionante estertor falleció.

El cabo hizo una mueca de impotencia y dijo:

—Hemos acudido demasiado tarde... Ya no sabremos quién le pagaba ni por qué...

—Por qué, sí—afirmó Buttu—. Todo es asunto de un feo negocio alrededor de la presa del Colorado del Este. Mi padre venía siguiendo una pista que también se ha perdido con su muerte. ¡Oh mi padre; por vengar su muerte me olvidé de él y debe continuar aún tendido en el suelo del teatro bajo los bancos! ¡Vamos, quiero recoger su cadáver!

Cuando penetraron en el teatro, los soldados estaban procediendo a la recogida de armas. A sus pies se almacenaba un verdadero arsenal de *colts* que los espectadores entregaban sin resistencia, dando sus nombres y las características de las armas, que un soldado apuntaba en un cuaderno. Nadie osaba hacer resistencia, pero se sabía que algunos individuos aprovechando la

confusión, se habían deslizado por las ventanas de la fachada posterior y no cabía duda que eran los que se consideraban comprometidos en la cuadrilla del muerto.

El cadáver del *sheriff* había sido transportado al escenario, donde yacía con la cabeza atravesada por un certero balazo. El que disparó poseía una puntería excelente y unos nervios de acero.

Más tarde intervino el *sheriff* de Austin, el cual, al saber que el muerto era un delegado suyo, dio toda clase de facilidades a su hijo para el traslado del cadáver al cementerio de Georgetown y se brindó a ayudarle como si estuviese en su mano para descubrir la trama del asesinato; pero Buttu advirtió que aquel era un asunto muy engorroso que escapaba a su jurisdicción. De él debía ocuparse el delegado que se nombrase en el pueblo.

El *sheriff* prometió enviar el cadáver cuando se hubiesen cumplido todas las formalidades que el asesinato exigía y Buttu decidió trasladarse al pueblo para preparar todo lo concerniente al entierro.

Sol se brindó a acompañarle. Le había intrigado el suceso y estaba decidido a averiguar cuanto se relacionase con la muerte del *sheriff* y a poner de su parte lo preciso para descubrir la raíz de la trama.



CAPITULO II

UNA HISTORIA ENREVESADA



RA ya noche cerrada cuando ambos emprendían a caballo el camino del poblado.

Buttu, triste y cabizbajo, apenas si levantaba la cabeza del pecho sobre el que la llevaba inclinada y Sol, comprendiendo el dolor del muchacho, no se atrevía a interrumpir sus dolorosas meditaciones a pesar de la impaciencia que sentía por ponerse al corriente de los orígenes del tan dramático suceso.

Caminaron durante mucho rato sin que nada turbase el silencio de la noche augusta y estrellada. Hacía frío, y ambos, arrebujados en sus mantas, seguían por un camino reseco y polvoriento que se alejaba hacia el Norte camino del poblado.

Sol repasaba el paisaje inquisitorialmente y de vez en vez, volvía la cabeza hacia atrás como si temiese verse agredido por sorpresa. Hombre avezado a los peligros de una vida azarosa contra los indeseables, sabía que siempre estaba expuesto a las represalias y no se dejaba sorprender por imprevisión.

Pronto empezó a observar vestigios de un movimiento extraordinario en derredor. Debía estarse trabajando cerca de allí en una obra de envergadura, pues por toda la ribera del río, que casi iban bordeando, descubría railes estrechos, vagonetas paradas o arrumbadas al borde de las vías, grandes carromatos cargados de piedra y de herramental o maquinaria, casetas improvisadas junto a las que se apilaban grandes bultos y cajones y demás signos que denunciaban un trabajo activo.

Un imprevisto tropezón que dio el caballo de Buttu sacó a éste de su ensimismamiento. Como si descendiese desde las nubes a la realidad, se pasó la mano por la frente y volviendo la cabeza hacia su compañero, murmuró con una dolorosa sonrisa.

—Perdóneme, Sol, ahora me doy cuenta de que ni he hecho aprecio de su nombre ni le he dado gracias por su valerosa y altruista intervención para ayudarme a vengar la muerte de mi

pobre padre. Sin su ayuda, no hubiese conseguido ver deshecho a mis pies al autor material de tan cobarde asesinato.

—No tiene importancia—afirmó Sol—. Me hago cuenta de su dolor y yo más que nadie. Sepa que mi padre era también *sheriff* y que lo mataron en idénticas circunstancias por pretender descubrir la pista de unos indeseables.

—Lo lamento y esto nos aproxima mucho. No sé cómo poder pagar su valiosa ayuda…

—Hasta ahora no ha tenido nada de extraordinaria. Si le parece —no ahora, cuando esté en condiciones de ello—me cuenta lo que sepa del suceso y acaso pueda serle más útil de aquí en adelante.

El muchacho se pasó la palma de la mano por los resecos labios y, extendiendo la mano en derredor, señaló el paisaje que se abría a su paso.

Un inmenso terreno que se hundía casi al borde del camino dilatábase hacia adelante sin interrupción y en el fondo se observaba cómo la mano del hombre estaba actuando en el allanamiento de desniveles, afianzamiento de terraplenes y otros trabajos que Sol no acertaba a comprender.

El joven, señalando las obras, aseguró con ronca voz:

—¿Ve usted eso? ¡Pues eso tiene la culpa de la muerte de mi padre!

Como Sol no se explicara la relación de una cosa con otra, exclamó:

—¿Quiere usted explicarse? ¿Qué es esto?

—Esto no es más que un pequeño trozo de lo que un día no tardando mucho será el pantano Macdonald, para recoger las aguas de la presa que se está construyendo más arriba. Aquí apenas se puede apreciar porque abarca un perímetro de veinticinco millas, pero el embalse ya está casi concluido y las aguas pueden ser recogidas en el día que quieran.

Sol se dio cuenta de la importancia de las obras y preguntó:

—¿Se trata de esa presa a la que aludió el asesino de su padre en sus últimos minutos de vida?

—Sí, y le voy a explicar todo lo que hay para que se dé una ligera idea de lo que sucede. Aún nos falta un buen trozo de jornada y tengo tiempo de terminar el relato.

—Yo no sé si conocerá usted bien el Pequeño Colorado o Colorado del Este. Este río por cuya ribera caminamos nace al Norte en las secas planicies del Llano Estacado y riega casi todo el Estado de Texas de norte a sur, en una curva muy pronunciada para morir en el Golfo de México en la bahía de Corpus Christi.

»E1 río en sí no tiene de importante más que llamarse Colorado, como el famoso que atraviesa el Gran Cañón, pero su importancia

es pequeña. A pesar de sus muchos afluentes es de pequeño caudal y solamente en invierno es navegable hasta Austin, pero desde ahí a sus fuentes apenas si se le puede dominar con barcazas de poco calado.

»Sin embargo, sus aguas son utilísimas para la agricultura ribereña, sobre todo para el algodón, el tabaco y otros cultivos.

«Con objeto de aprovechar mejor sus aguas y aumentar la energía eléctrica que ahora empieza a extenderse por la región, se estudió la posibilidad de construir una presa con un gran pantano y después de muchos sondeos, se entendió que el sitio más práctico era entre Georgetown y Austin, ya que en el vano entre la capital de Pequeño Colorado y el pueblo existe un terreno casi preparado por la naturaleza para el embalse.

»En efecto, los ingenieros trazaron el emplazamiento y empezaron las obras, que están casi finalizando. Mañana podrá usted admirar la presa. Tiene ciento veinte pies ingleses de alto, sesenta de ancho y sesenta de largo, y embalsará millones de metros cúbicos de agua en ese gran vacío de veinticinco millas que se llamará pantano de Macdonald.

»Cuando la presa funcione, empezarán a hacerlo docenas de fábricas de electricidad, se extenderán los riegos más al interior y la riqueza de esta ya rica región aumentará muchas veces su volumen.

»Cuando se planteó la construcción de la presa, hubo ciertos pleitos con relación a los terrenos. Hubo que expropiar alguno de utilidad, pero la empresa los pagó a buen precio y no parecería que iban a surgir más dificultades ni a quedar residuos de discordia con cargo a la presa. Pero ha quedado una pequeña cola y esta cola es al parecer la causa de este drama.

»El desagüe para el pantano podía verificarse por dos lugares diferentes. Uno, por una gran barrancada a la derecha de la presa, que fue la escogida por los ingenieros al iniciar el trazado, cuyos terrenos colindantes con la barranca son de un granjero medio arruinado llamado Miles Carrigan, hombre de carácter agrio y malas pulgas, con el que sus convecinos han tenido muchas trifulcas y al que consideran hombre agresivo y peligroso.

»Miles se puso muy contento cuando le advirtieron que el desagüe se iba a hacer por allí y que le expropiaría sus tierras a cambio de una indemnización que le pondría a cubierto de pasar privaciones en su vejez, ya próxima, y tan seguro estaba de realizar el negocio, que encontró quien con tal garantía le prestase varios miles de dólares para adquirir a plazos un terreno excelente en lugar próximo a la presa y construir una nueva granja mejor que la ruinosa y poco productiva que poseía.

»Pero de la noche a la mañana, se llevó el disgusto más grande

de su vida al serle comunicado que los ingenieros habían variado el trazado y que en lugar de aprovechar sus tierras para el desagüe se variaba el curso de la presa, para hacer llevar el agua a través de un terreno bajo y también muy adecuado, que es propiedad de un ganadero llamado Kik Willets, hombre tortuoso y avaro, que se dedica a la usura y que merced a ella goza de gran influencia en la región, aunque esta influencia se derive de la coacción de su dinero.

»Cuando Miles lo supo, acusó a Kik de haber sobornado a los ingenieros para que variasen el trazado, dándoles parte de la gran utilidad que le proporcionase la expropiación, y tan en serio tomó el asunto, que han tenido dos serias peleas y la gente ha temido que se eliminen uno al otro por causa de este asunto.

»La expropiación se hubiese llevado a término de no haber surgido un tercero en discordia, y este tercero es David Holt, tío segundo y tutor de una muchacha llamada Fay Hasting, que es la reciente heredera de unas tierras bastante alejadas de las de Kik, pero por las que precisamente tienen que verter las aguas para alcanzar el pantano.

»Fay es una muchacha linda, buena, afable y encantadora, que ha quedado huérfana hará cosa de nueve o diez meses en condiciones dramáticas. Su padre, un hombre muy activo, traficante en algodón, recorría la región comerciando con productores y almacenistas, fue hallado muerto en una barranca, sin saber cómo babia sucedido el accidente. Hay quien cree que, más que accidente, su muerte se debió a una acción criminal, pero mi padre no encontró pruebas acusatorias, aunque tampoco quedó muy satisfecho para admitir que Peter Hasting, conocedor de aquellos lugares por los que podía caminar a oscuras, pudiese despeñarse por ellos.

»A1 desaparecer Peter, ha quedado como heredera su hija y ha sido nombrado tutor de ella hasta su próxima mayoría de edad su tío David Holt, que hasta hace poco vivía malamente con un pequeño rebaño de ovejas en el interior de la montaña y que ahora se ha instalado en la casita de Fay, dejando el rebaño al cuidado de su hijo Dan, un sujeto que aunque no hubiese venido al mundo, nada se había perdido con ello, pues es vago, pendenciero, derrochador y bravucón y al que muchos temen por sus arrebatos y su ligereza usando el revólver.

»Las tierras que posee Fay son eriales. Realmente no sirven para pastos, pues su pobreza es manifiesta quizá por falta de cuidado y prueba de ello es, que hace muchos años, Peter las quiso vender y era tan poco lo que le daban, que se negó a cederlas.

»Más tarde, ya marchando mejor en su negocio de intermediario en algodón, alguien trató de establecer un aserradero y le hizo una

oferta decente, pero Peter se negó a tratar, afirmando que un día levantaría en ellas un palacio como el del gobernador de Austin, pues pensaba ganar dinero suficiente para permitirse ese lujo.

»La gente lo tomó a broma, pues Peter era un hombre jovial y chistoso y así quedó la cosa.

»Pero ahora, al hacerse cargo David de la tutela de Fay y al hacerle un excelente ofrecimiento la empresa constructora de la presa, se ha negado a ceder el terreno a ningún precio, cosa que nadie se explica, y hasta amenazó a la empresa con provocar un pleito por variar un trazado ya aprobado con perjuicio de un tercero, que es Fay.

»La amenaza no ha quedado en el aire. David ha puesto recurso y, aunque todas las obras continúan, aún está por dilucidar por dónde han de verter las aguas definitivamente.

»Yo he hablado con Fay sobre el asunto; debo advertir a usted que Fay es mi novia, aunque David se ha opuesto brutalmente a ello porque quiere casarla con su hijo Dan, y la muchacha, extrañada, me ha dicho que no se explica por qué su tío se opone a la cesión, ya que ella se muestra conforme con lo que le ofrecen por las tierras.

»Su padre, al morir, le ha dejado un pequeño capital que no es como para edificar aquel palacio que el viejo Peter soñaba, y con lo que le diesen por ese terreno podía vivir muy tranquila e incluso emprender un negocio cuando alcanzase la mayoría de edad, que será dentro de nueve o diez meses.

»Entretanto, su tutor la trae mártir, hostigándola para que se case con su hijo Dan, a quien ella aborrece por sus antecedentes y me temo que va a suceder algo gordo, pues yo no estoy dispuesto a consentir ese sacrificio cuando Fay me quiere y yo la adoro.

»No me explico el afán de David en casar a Dan con Fay. El dinero de ella no es cosa que deslumbre y él sabe que Dan la hará una desgraciada, pues no es hombre que se sepa aclimatar al trabajo y a un hogar.

»Planteada la cuestión de los terrenos hace poco surgió algo grave en la presa. Alguien preparó de una manera astuta una voladura que fracasó por milagro, pero que estuvo a punto de provocar una catástrofe si llega a producirse.

»De haber tenido éxito el intento, el agua hubiese vertido antes de tiempo en el pantano, produciendo una catástrofe, y lo más curioso es que hubiese vertido por la barranca de Miles, con lo que hubiese habido que aceptar el hecho consumado, aparte de los perjuicios que el caso tenía que producir en las obras, aún sin terminar.

»Mi padre al recibir la denuncia de los ingenieros, se puso a

trabajar activamente. A él no le importaban los pleitos entre los propietarios y la compañía, sino el orden y la legalidad, y buscó activamente a los saboteadores de la presa.

»Pero esto no era muy fácil. Tenga usted en cuenta que aquí trabajan más de doscientos obreros y que entre ellos hay de todo; por lo tanto, no era difícil encontrar algún descontento descabezado que, conociendo las obras y el modo de maniobrar impunemente en ellas, se prestase a cometer el atentado por un puñado de dólares.

»Mi padre era un hombre muy reservado en los asuntos de su deber. Se guardaba para él los indicios y solamente cuando estaba seguro de que no cometía un error, obraba con energía.

»Lo primero que hizo fue visitar a Miles. Fue una entrevista tan violenta, que poco faltó para que se lo trajese atado por desacato e insultos. Miles, muy indignado, rechazó la insinuación de que él hubiese intervenido en la voladura y achacó ésta a Kik, pues aseguraba que, demostrándole a él haber sido el autor del atentado, no le hubiesen indemnizado por sus tierras e incluso le podían meter en la cárcel, haciéndole perder todo.

»Aseguró que él había hecho una reclamación por la vía legal que se cursaba en Austin y que era tonto acusarle de aquello, cuando aún no se sabía lo que fallaría el tribunal respecto al paso del agua.

»Había un fondo de razón en sus manifestaciones, pero esto no tenía una fuerza legal y podía ser una astucia de Miles para diluir su responsabilidad.

»Como mi padre insistiera, le amenazó con recibirle a tiros si volvía por su granja a molestarle, pero mi padre le observó muy nervioso y preocupado, pues se ha metido en un avispero con el préstamo que le han hecho a cuenta de la expropiación, del que no sabe cómo va a salir.

»Kik, a quien visitó, se mostró menos agresivo, pero, como es hombre frío y calculador, no hay que fiarse de él. Se limitó a asegurar que la acusación era absurda, pues, en cualquier caso, una vez que el agua pasase por la barranca de Miles, él había perdido la ocasión de que corriese por sus terrenos y nada iba a conseguir con que al vecino le negasen sus derechos si a él no se los garantizaban.

»En cuanto a David, no había por qué ocuparse de él. Cierto que al parecer no le interesaba que el agua corra por la propiedad de la muchacha, pero como él no es el propietario, nada ganaba con la obstinación, sino que perdía una buena ocasión de cobrar por el terreno más que valía.

»Mi padre, desorientado, se dedicó a hacer largas averiguaciones. Estudió el terreno, interrogó hábilmente a varios obreros y empleados, trabajó mucho y al parecer sacó en conclusión

que la noche anterior a la madrugada en que fue descubierto el barreno próximo a estallar, alguien había visto rondando por aquellos terrenos a media docena de individuos pertenecientes a las obras, los cuales se habían despedido precisamente la víspera, alegando que se iban a trabajar a Austin en mejores condiciones económicas.

»Entonces, decidió marchar a la capital y cuando me lo advirtió, yo, sabiendo que no se trataba de uno solo, sino de una cuadrilla organizada, me propuse acompañarle. Temía que le sucediese algo grave al enfrentarse con tantos enemigos.

»En una taberna de las que frecuentamos descubrió a uno de los obreros desaparecidos de las obras y le oyó decir a otro que asistiría a la función en compañía de unos amigos. Por eso fuimos al teatro, con idea de localizar a todos juntos y poder seguir una pista.

»Lo demás ya lo sabe usted. Mi padre no logró descubrirlos porque, al parecer, estaban todos en la galería alta, pero ellos sí le descubrieron y debieron temer algo de su parte. Por eso aprovecharon la fatídica canción para disparar con los alegres vaqueros. A no haber sido por usted, que se fijó incidentalmente en el pañuelo verde y la camisa azul del matador, no hubiese sido posible localizar quién había sido el asesino.

Sol, que le había escuchado con religioso silencio, preguntó:

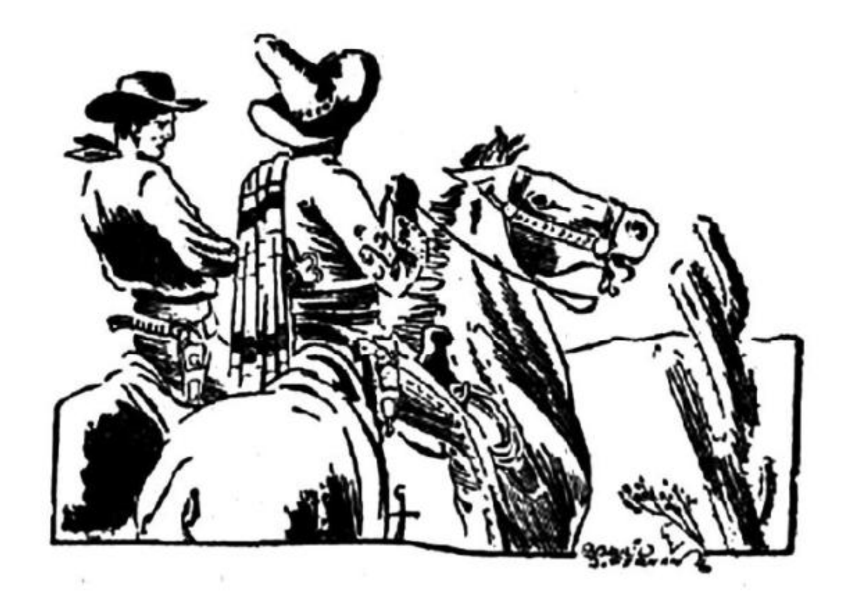
—¿Reconoció usted al muerto?

—Realmente, no. Yo trabajo en un rancho alejado de las obras y solamente bajaba al pueblo de noche y los domingos. Son muchos los obreros que actúan en las presas para poderlos conocer a todos.

Al dar la vuelta al sendero que discurría ahora entre unos declives, Se mostraron a los ojos de los caminantes unas luces que parpadeaban en el silencio de la noche y Buttu, extendiendo el brazo, exclamó:

—Ahí tiene usted Georgetown… Si sirve nuestra humilde casa, se la ofrezco de todo corazón.

—Muchas gracias. Me parece que voy a aceptar su hospitalidad. Me ha interesado este caso y quiero ayudarle a aclararlo.



CAPITULO III

UN GOLPE FRUSTRADO



ABIENDO ya alcanzado las primeras casas del pueblo, se internaron por unos lugares que no se podían llamar calles, pues las construcciones emplazadas a capricho no guardaban una solución de continuidad y formaban unos zigzágs violentos, hasta que más adentro adquirían otra uniformidad más urbana.

La calzada, reseca y polvorienta, hacía que los caballos se hundiesen en el polvo, levantando molestas nubes que se aferraban a sus gargantas. Buttu extendió el brazo, indicando:

—Al final de esta calle, en la última transversal, están las oficinas. Es una pequeña casita aislada que adquirió mi padre hace muchos años. Ahora, sin él y muerta mi madre hace cuatro años, no sé cómo me voy a acostumbrar a habitar en ella.

Siguieron adelante. Buttu, preocupado con sus amargos recuerdos, caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho mientras Sol, con los sentidos agudizados, volvía la cabeza incesantemente, tratando de atalayar las sombras a través de la capa de polvo que levantaban los caballos. Al dejar atrás un sombrajo de palos adosado a la entrada de una casa, le pareció descubrir dos sombras que, inmóviles y pegadas a los largueros que sostenían la techumbre, trataban de pasar inadvertidas con la protección de los pies derechos.

Llevó la mano a la culata del revólver y se mantuvo fijo con la vista hacia atrás.

Buttu detuvo el caballo ante la baja construcción y, apeándose, dijo:

—Ya hemos llegado, Sol. He aquí su casa.

El joven se apeó también, e interponiendo los caballos entre ellos y la puerta, se acercó a Buttu, que se disponía a abrir la puerta, y preguntó voz baja:

—Un momento. ¿Tiene salida por la parte posterior?

—Sí, hay a la espalda un corral con puerta.

—Perfectamente. Creo que nos han esperado y que tenemos al

acecho alguien interesado en darnos un susto. Entre y no cierre la puerta.

Una vez en el interior, Buttu se dirigió a su izquierda a una estancia que poseía una ventana con reja que daba a la calle.

Sol detuvo por el brazo al muchacho, advirtiendo:

—¿Por dónde se sale al exterior?

—Siguiendo todo el pasillo. Al fondo, está el corral. La puerta se abre por medio de una tranca.

—Bien; voy a salir y a dar la vuelta a la casa alcanzando el esquinazo por la derecha. Usted va a encender la luz procurando no colocarse en el vano de la ventana para no servir de blanco y luego deje la luz encendida en sitio que no sea alcanzada desde el vano, y se apresura a salir inmediatamente situándose en el esquinazo de la izquierda. Si no me he engañado, tratarán de agredimos de alguna manera, bien disparando a través de la ventana, bien entrando por sorpresa. Dejemos que intenten lo que quieran y después...

Se apresuró a cruzar el pasillo, alcanzando el corral, y después de levantar la tranca salió a un descampado.

Con los revólveres amartillados, dio la vuelta a la casa y antes de alcanzar la fachada izquierda se tiró a tierra y avanzó arrastrándose hasta alcanzar el esquinazo. La luna, muy alta y un poco sesgada, dejaba en sombras aquella zona y, protegido en la impunidad, pudo atalayar el frente de la calle.

En el lado opuesto a las oficinas, se erguía un largo edificio, en el que estaba instalada la herrería. El herrero había levantado también un sombrajo con unos recios postes para amarrar el ganado que debía herrar, y, amparados en el tinglado, descubrió Sol las dos sombras que poco antes observara al entrar en el pueblo.

Ambas aparecían rígidas y a la expectativa, hasta que un rectángulo de luz se proyectó casi frente al tinglado. Era el resplandor del quinqué que Buttu acababa de encender.

Las dos sombras movieron la cabeza para atisbar lo que sucedía en el interior de las oficinas y luego se juntaron, cambiando impresiones en voz baja. Debían consultarse la actitud a tomar.

Por fin, salieron de la zona de sombras, avanzando muy lentamente con el revólver amartillado. Su proyecto debía ser penetrar por sorpresa en las oficinas, sorprendiendo a Buttu y a Sol.

Este sonrió muy divertido y les dejó avanzar hasta que alcanzaron la puerta, empujándola muy suavemente. Entonces se escurrió a lo largo de la fachada, pegado a ella, y avanzó para penetrar tras ellos.

Buttu, que había cumplido las instrucciones de su nuevo amigo, le imitó en la maniobra y ambos coincidieron en la puerta cuando ya los enemigos habían cruzado el pasillo y se disponían a penetrar

en la iluminada estancia.

Sol, con la suavidad de un gato, penetró tras ellos y cuando ambos de un violento empellón abrían la puerta con los revólveres amartillados gritando «¡Arriba las manos!», dos revólveres se clavaron por el cañón en sus riñones y una voz burlona musitó a su espalda:

—¡Menos ruido, que hay enfermos!... Tengan la bondad de cumplir su orden... ¡Rápidos!

Los dos individuos, mudos por la sorpresa, abrieron las manos, dejando caer las armas, que Buttu se apresuró a recoger, mientras Sol empujaba a los dos desconocidos, obligándoles a penetrar en la estancia.

Pronto reconoció el agudo joven que se trataba de dos aprendices de pistoleros. Debían ser algunos de los obreros que se habían despedido de las obras de la presa y que al engrosar la misteriosa cuadrilla saboteadora se hallaban a las órdenes del bandido muerto a la puerta del teatro.

Tranquilamente, les examinó de arriba abajo y luego comentó irónico:

—¿Puede saberse qué deseaban ustedes con tanta urgencia del *sheriff* de este pueblo? Debe ser algo muy importante, cuando acuden a tales horas y con tan contundentes razones.

Uno de ellos rechinó los dientes y aseguró:

—¡Tú eres el maldito pistolero que nos atacaste en el teatro de Austin! Por dos veces te has salvado de milagro, pero no cantes victoria, que aún no es tarde.

—No me gusta cantar a estas horas de la noche—aseguró Sol—; en cambio vosotros vais a cantar inmediatamente por propia voluntad, o lo haréis con música de tiros. Escoged antes de que sea yo el que elija.

Uno de los indeseables se encogió de hombros y, con acento burlón, contestó:

—Es igual. No tengo inconveniente en decir todo lo que sé, pero poco vas a aprovecharlo. Nosotros actuábamos a las órdenes de Julen Lowell, que era quien nos pagaba, y no sabemos más. Si eres capaz de resucitar a Jules y obligarle a hablar, entonces...

Sol, irónico, repuso:

—¿Es acaso Jules quien os ha ordenado desde la tumba que vengáis a eliminarnos?

—No... Es una cuestión personal simplemente. Nos tratasteis a tiros allá en el teatro y nos dejasteis sin jefe y sin dinero. Teníamos que cobrarnos el perjuicio y por eso vinimos.

—Bien, ya veremos cuando dentro de un rato os haga bailar de la rama de un árbol, si sabéis algo más y os decidís a contarlo. Yo

poseo un medio muy rápido de hacer soltar la lengua a los reacios.

Con un gesto se dirigió a Buttu, preguntando:

—¿Tiene usted un buen manojo de cuerda?

—Si.

—Pues prepárelo. Voy a ver si esta pareja baila en el aíre mejor que la «Bella Arlete».

Buttu abandonó la estancia para salir en busca de la cuerda y Sol, que había guardado uno de los revólveres, continuaba amenazando a los dos indeseables con el otro.

Uno de ellos, siempre con la mano en alto, se había separado unos pasos, colocándose a medio metro de la mesa, sobre la que lucía el quinqué. Parecía muy preocupado, sin perder de vista el revólver de Sol, aunque en realidad su cerebro estaba trabajando intensamente en busca de la manera de escapar de aquella encerrona mortal.

De súbito, alargó bruscamente el pie por debajo de la mesa, elevando ésta a causa del golpe violento. El quinqué, despedido con brusquedad, trazó una parábola, yendo a tropezar con el pecho de Sol, el cual, instintivamente retrocedió al tiempo que la mesa volaba hacia él, y el indeseable, aprovechando el mínimo momento de distracción de su enemigo, saltó como un tigre, empujando a Sol, que cayó de espaldas al tiempo que su agresor, pasando sobre su cuerpo como un meteoro, ganaba el pasillo buscando la salida.

Su compañero quedó un momento mudo de sorpresa, pero, reaccionando trató de aprovechar la coyuntura para evadirse también; pero ya Sol se había repuesto de la impresión y desde tierra disparó, alcanzando al huido.

Este emitió un rugido de dolor y cayó atravesado en la puerta, al tiempo que Buttu, alarmado por el disparo, regresaba del corral a toda prisa con el revólver empuñado.

Sol y él chocaron en la puerta, uno al pretender salir y el otro al intentar penetrar, pisando ambos el cuerpo del caído, que se retorcía en un charco de sangre, y cuando Sol pudo esquivar al joven y salir a la calle, ya el caballo de Buttu galopaba como un meteoro, perdiéndose en una revuelta de la calleja.

Sol dudó entre seguirle o no, pero esperando que el herido se decidiese a hablar, regresó a la estancia.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Buttu, asombrado.

—Algo que me encorajina. Juzgué mal al individuo y he pagado la equivocación.

Someramente contó a su compañero la añagaza del fugitivo y comentó;

—Tiene agallas el mozo. De cien veces, noventa y nueve es muy peligroso el truco. Yo lo empleé una vez y me clavaron una bala en

un costado.

Ambos se acercaron al herido, que apenas daba señales de vida, y cuando Sol le reconoció para apreciar su posible gravedad, lanzó un juramento.

—¡Imposible! —murmuró— ¡De éste no cabe esperar una palabra!

En efecto, el indeseable se hallaba incapacitado de poder satisfacer los deseos de Sol, pues el disparo le había penetrado por el cuello de abajo a arriba, saliéndole por el lado contrario.

El bandido respiró con dificultad durante unos minutos y después quedó rígido, con los ojos muy abiertos y en ellos un brillo especial de rabia y de odio.

—¡Se acabó! —comentó Sol—. Es lástima, porque estoy seguro de que estos tipos sabían más de lo que han confesado.

—Quizá sí y quizá no. Hay muchos que actúan a las órdenes de un jefe y no les preocupa saber quién manda y paga en la sombra.

—El caso es que no hemos conseguido nada, a excepción de contar con un enemigo menos. Debí perseguir al Otro, que por cierto ha huido con su caballo.

Buttu lanzó una maldición al oír la noticia. Su caballo era para él algo inestimable, cuya falta tenía que echar mucho de menos.

—Haremos correr la noticia. Le buscarán por cuatrero.

—No creo... sabe a lo que se expone. Abandonará el caballo cuando ya no le sea necesario, y si el animal es inteligente volverá aquí.

—Si así sucede desde luego que volverá. Lo educó mi padre y es listo como una ardilla.

—Bien, ¿ahora qué hacemos con esta carroña? —preguntó Sol contemplando perplejo el cadáver.

—No sé... muerto mi padre, que era el delegado del *sheriff*, aquí no hay más autoridad.

—Ni yo la necesito. Voy a dejarle en algún barranco donde los buitres den cuenta de él y mañana envía usted aviso al *sheriff* de Austin, contándole lo sucedido. Él está al tanto de todo y no lo tornará en consideración.

—Lo que hace falta es nombrar una nueva autoridad aquí. Mientras tanto...

—A mí me es igual. Tengo por costumbre erigirme en autoridad propia donde tropiezo con algo ilegal y eso no es asunto que me asusta. Me quedo aquí para investigar por mi cuenta, y si el *sheriff* que nombre descubre toda la trama, bien; y si no, yo me encargaré de conseguirlo.

—Pues, si está cansado, puedo ofrecerle un lecho. A menos que recele que podamos ser atacados nuevamente.

—No lo creo. Les salió tan mal el intento, que no espero que lo repitan.

Buttu le mostró la estancia a él destinada y Sol, antes de acostarse, atrancó bien la puerta y colocó una silla en actitud inestable junto a ella. Al primer empujón caería al suelo y le daría tiempo sobrado para empuñar el revólver y recibir adecuadamente al imprudente visitante.

* * *

Al siguiente día, muy de mañana, llegó al poblado el cadáver de Joe Merrit, el *sheriff*, y su llegada produjo la natural sorpresa entre los habitantes.

Pronto se supieron todos los incidentes de su muerte y gran número de personas acudieron a las oficinas, donde había sido expuesto el cadáver, a dar el pésame a Buttu y a expresar su condolencia por el salvaje atentado.

Sol, que había decidido permanecer todo lo posible al margen del suceso, se limitó a figurar como un forastero curioso y esto le permitió estudiar a los visitantes y tomar mentalmente datos sobre ellos.

Buttu, de acuerdo con él, contó a su modo lo sucedido fuera del teatro, pero se abstuvo de presentar a Sol como el autor de la muerte de Julen Lowell, pues esto hubiese dado al joven una popularidad que éste quería rehuir en beneficio del éxito de sus gestiones.

Por las oficinas desfilaron David Holt, el tío de Fay, Miles Carrigan, a quien se achacaba ser el autor anónimo que había movido en la sombra el intento de la voladura, y Kik Willets, el terrateniente que tanto empeño poseía en que el embalse se hiciese a través de sus tierras, y todos a su modo se condolieron del suceso e hicieron protestas de repulsa contra el atentado.

El agresivo de Miles, acercándose a Buttu, exclamó:

—¡De veras que lo siento, muchacho! Tu padre era un salvaje por lo testarudo cuando se le metía una cosa en la cabeza y me trató de un modo como para rompérsela, pero yo no soy un cobarde ni un traidor. Si Joe me hubiese dado motivos para matarle, lo hubiese hecho como se merecía y como yo sería capaz de hacerlo. No me explico qué ha pretendido con semejante estupidez, que me hubiese perjudicado a mí más que a nadie, y te juro que si supiese quién había sido el cochino que ideó eso, a estas horas no se estaría riendo de la jugada.

Miles, muy indignado, miraba a todos, desafiante, con la mano

apoyada en la culata de su enorme *colt* como retando al anónimo enemigo, pero nadie parecía hacerle caso, en particular Willets, que intentaba despreciar sus bravatas.

Este, más parco, estrechó la mano de Buttu, afirmando:

—Te juro, muchacho, que de nada tengo que acusarme en este doloroso asunto. La gente me tiene envidia porque he conseguido encumbrarme en fuerza de trabajo y, como no me lo perdonan, son capaces de insinuar que yo he tenido parte en un asunto que me hubiese perjudicado doblemente. Defiendo mis intereses apoyando el plan de la empresa para que pase el agua por mis tierras, pero no soy tan estúpido que provoque una catástrofe para que pasen por la del vecino y pierda ese derecho.

David, parco también, se limitó a dar el pésame y a afirmar que aquél era un pleito que no le interesaba. Le agradaba la idea de la presa, se había hecho un primer proyecto aprobándole y debían sujetarse a él. Si ahora le variaban sin justificación, estaba en su derecho de reclamar contra los chanchullos de algún desaprensivo que por egoísmo trataba de perjudicar a los demás, pero eso nada tenía que ver con la muerte de Joe Merrit.

Willets se sintió muy ofendido por las afirmaciones de David e intentó agredirle, pero los presentes lo evitaron.

Un ayudante del *sheriff* de Austin que había acompañado al cadáver hasta el pueblo asistió en su representación al sepelio, que fue una imponente manifestación de duelo, pues acudió todo el pueblo, y Sol, que se había mezclado entre los grupos, sufrió las penas del infierno al recordar un cuadro análogo, cuando un día, algo lejano, enterrara a su padre, muerto también alevosamente por una mano oculta y cobarde.

Buttu, con los ojos brillantes y el pulso temblón, asistió al acto de dar tierra a su infeliz padre y cuando se retiró había en su gesto tal resolución, que Sol tuvo miedo de que cegado por la rabia cometiese una torpeza irremediable.

Cuando se despidió el acompañamiento, el delegado del *sheriff* se acercó al huérfano y, entregándole un sobre, advirtió:

—El *sheriff* me ha dado esto para usted, Buttu. Dice que entiende lo más acertado nombrarle sucesor de su padre. Nadie como usted con más interés y derecho en descubrir a los promotores del asesinato, y espera que sepa cumplir como bueno y honrar esa estrella que su padre honró hasta teñirla con su propia sangre.

Buttu tomó conmovido el nombramiento y con voz velada por la emoción, afirmó:

—Dígale al *sheriff* que agradezco con toda el alma la distinción y que le juro honrarla como mi padre. Era mi idea dedicar toda mi vida a esta causa y ahora con más motivo. No ambiciono esta

estrella y sólo la usaré para castigar a los culpables. Después... después se la devolveré para que se la entregue a quien la merezca con más valimiento que yo.



CAPITULO IV

UNA PELEA FEROZ



OL buscó hospedaje en una posada del poblado para actuar más independiente y, ya instalado, se dedicó a huronear por las obras, aunque no esperaba sacar mucho de la visita.

La presa era realmente algo hermosa y bien pensado. Situada en un lugar estratégico para recoger el caudal de agua del pequeño Colorado, embalsaría una cantidad de millones de litros fantástica y aumentaría la riqueza de aquella parte de la región en más de un ciento por ciento.

Aunque las obras estaban casi para terminar, sobre todo en lo que a la presa se refería, trabajaba mucho personal en ella y en un radio de acción de muchas millas laboraba un enjambre de obreros de todos los tipos y estados muy difícil de clasificar.

Dos días más tarde del entierro del *sheriff* se produjo un incidente en el que Sol se vio obligado a actuar por propio impulso.

Acababa de comer y salía a dar una vuelta por el pueblo, cuando descubrió a Buttu en la esquina de la calle principal en animada charla con una muchacha de unos veinte años, de Estatura media, morena de cutis, con el pelo negrísimo y unos ojos negros, grandes y cándidos, que hacían su rostro mucho más simpático por ellos que por su belleza.

Sol se detuvo a prudente distancia, apoyándose con negligencia en el porche de una taberna, y se quedó contemplando a la pareja, adivinando que aquella muchacha era Fay Hasting, la novia de Buttu.

Sin duda, la muchacha, que no debió poder acudir al entierro porque su tío se lo prohibiera, estaba dando el pésame a su novio y excusándose por la presión que sobre ella ejercía su tutor para impedir sus relaciones.

Sol admiraba el porte gracioso y atractivo de Fay y se decía que harían una estupenda pareja, cuando del vano de la puerta del bar más inmediato surgió una figura alta, maciza, de anchos hombros y

manos enormes, que avanzó con cierta vacilación hacia la pareja.

A Sol, hombre avezado a clasificar a sus semejantes por su rostro, no le fue simpático el tipo. Aquellos labios abultados, sus ojos saltones y enrojecidos por él alcohol, la cicatriz que partía su oreja derecha, producto sin duda de alguna riña desgraciada, y el aire fanfarrón y desafiante que adoptaba para andar, le causaron muy mala impresión.

Sin dudarlo, le clasificó en la categoría de bravucones y se preguntó quién sería y cuáles sus actividades.

Fay, que sostenía una animada charla con Buttu, volvió la cabeza hacia el extremo de la calle y, al descubrir la silueta del gigante, hizo un brusco movimiento de terror y trató de escurrirse calle abajo, pero Buttu, al observar el gesto, volvió también la cabeza y una mueca de asco y contrariedad plegó sus labios.

Con un movimiento impulsivo, retuvo a la muchacha por un brazo y cubriéndola con su cuerpo, adoptó una actitud expectante.

El bravucón avanzó pausadamente hacia ellos y deteniéndose a dos metros de la pareja, les fulminó con la mirada al tiempo que gruñía con voz ronca:

—¿Es ése tu juego, Buttu?... Si es ése, no creas que me asustas porque luzcas al pechó esa estrella que me parece que te viene muy ancha. Te he advertido que Fay se ha de casar conmigo y me parece muy peligroso ese juego de pretender robar la novia a los amigos.

Buttu, con los labios temblándole de ira, repuso:

—Ni yo me aprovecho de esta estrella, que si me viene grande no me está tanto como lo estaría en tu pecho, ni tú eres amigo mío, ni lo serás nunca, ni le robo la novia a nadie cuando defiendo lo que es mío exclusivamente. Tú eres el que tratas de quitarme lo que me he ganado con más nobleza que tú pretendes llevártelo y te advierto que poco he de poder o lo impediré.

Dan Holt, pues era él el bravucón, rio estridentemente y repuso:

—¿Te da derecho esa estrella a amenazar a la gente? Si es así, dilo y sabremos para qué se le nombra *sheriff* a una persona.

Buttu, cada vez más rabioso, se adelantó gritando:

—Bien sabes que no... Este es un asunto en que para nada interviene mi autoridad.

—Pero te amparas en ella. Si yo te diese ahora mismo un tiro por pretender rebajarme cortejando a mi novia, me llevarían a la horca por agredir al delegado del *sheriff*, en cambio, si no fueras quien eres, no me sucedería nada.

Buttu se arrancó la estrella del pecho dejándola caer al suelo, y rugió:

—Ya no soy el *sheriff*, Holt, soy solamente un hombre que defiende lo que es suyo. ¿Te parece bien?

Holt, sin moverse, replicó burlón:

—No hagas tanto teatro, Buttu. Tú sabes que con esa estrella al pecho o en el polvo del arroyo, eres el *sheriff*. Yo lo sé cómo lo sabe todo el mundo y nada me libraría de haberte zurrado la badana si lo hiciera. Solamente cuando renuncies formalmente a tu cargo dejarás de ser autoridad, y entonces...

Buttu rechinó los dientes y contestó:

Pues bien; te juro que en el momento que descubra a los que armaron la mano del asesino de mi padre, renunciaré al cargo y te buscaré para arrancarte la lengua y hacértela tragar.

Holt palideció ante la insultante amenaza y rechinó los dientes de rabia, quedando un momento tenso como si intentase lanzarse sobre su retador, pero súbitamente, aflojó la tensión brutal de sus nervios y riendo de nuevo, contestó:

—¿Y he de esperar hasta entonces? Eso es tanto como prometerme la luna para cuando peines canas, Buttu. Tú no descubrirás nunca eso, ni nada, y yo tendré que esperar hasta después de muerto a que te tengan que extraerte esa estrella del pecho roñosa de tanto usarla.

Buttu, con desprecio, respondió:

—Si lo dices porque tengas algún interés en que deje de ser *sheriff*, siento no poder complacerte ahora, pero no te confíes. No acostumbro a dejar transcurrir los años para saldar mis deudas. Acaso salde ésta contigo mucho antes de lo que tú piensas y temes.

Holt escupió con desprecio a un lado y avanzó hacia Fay, que, asustada, se replegó detrás de Buttu, huyendo de la terrible manaza de Holt; pero éste trató de protegerla interponiéndose entre ambos.

—¡Atrás, Dan...! ¡Atrás o no respondo de mí!

Había tal gesto de resolución en el muchacho que Holt se quedó un momento indeciso, pero luego, reaccionando, rugió con ira:

—Pues bien, si quieres dispara sobre mí. Eres el *sheriff* y puedes hacerlo, pero allá tú con las consecuencias. Este es un asunto personal que nada tiene que ver con tus funciones y tengo testigos de que no he hecho intención de sacar el revólver contra ti... Llevas todas las de perder.

Buttu estaba fuera de sí. Comprendía la táctica de su rival y le exasperaba que fuese tan cobarde, que rehuyese la pelea franca atándole de pies y manos al refregarle su cargo.

Holt avanzó y de un empellón apartó a Buttu, atenazando a la joven por una muñeca, al tiempo que ordenaba:

—¡Tú te vas ahora mismo a casa y ya ajustaremos cuentas de esto! Mi padre te ha prohibido que hables con este pelele y sabes que tiene autoridad para hacerlo.

Ella le rechazó con energía, gritando:

—¡No me toques, Dan!... ¡No me ensucies con tus asquerosas manos o te saco los ojos!

Holt rio agresivo y amenazó:

—No me hagas espectáculos o te tomo del pelo y te llevo arrastras a casa. Tú podrás o no aceptarme por marido, pero te juro que has de ser mía o de nadie.

La escena era presenciada por algunos curiosos que no se atrevían a intervenir. La fama de Holt era pésima en el poblado y todos temían jugarse la vida tontamente en una pelea con él.

Fay, enérgica y brava, le hizo cara afirmando:

—¡Primero me tiro al barranco donde murió mi padre, que consentir que me pongas una mano encima!

Holt, herido en su amor propio, avanzó gritando:

—¿Sí? Pues puedes irte tirando cuando quieras, porque ahora mismo te voy a llevar por fuerza a casa.

El bruto hizo ademán de atenazarla y Buttu, fuera de sí, llevó la mano al revólver; pero en aquel momento, Sol, que asqueado se había ido aproximando, apartó con violencia a Buttu, interponiéndose ante él, y, tocando suavemente a Holt en un hombro, preguntó con ironía:

—¿Es usted tan valiente con todos los hombres como con esa infeliz mujer?

Dan se volvió sorprendido y, midiendo despectivamente con la mirada a Sol, preguntó con sorna:

—¿Quién diablos es este pelele desconocido que se mezcla en cosas que no le importan?

—Puedo contestarle, pero antes lo habrá de hacer usted. Le he preguntado si es usted tan valiente con todos los hombres como con una infeliz mujer como ésta.

Holt, rabioso, le fulminó con la mirada, afirmando:

—Con los hombres, sí; con muñecos de su talla no me atrevo a meterme, porque no acostumbro a pegar a los niños.

—Yo a los matones como usted, si —afirmó Sol.

Y antes de que se hubiese repuesto de la sorpresa, el flexible brazo del joven habíase estirado como un muelle, aplicando el puño sobre uno de los saltones ojos de Holt.

Este lanzó un rugido inhumano de rabia y en un violento esguince trató de sacar el revólver, pero Sol, prevenido contra tal reacción, se había lanzado sobre él, tirando con rabia de las pistoleras hasta arrancárselas.

Arrojó el revólver lejos de él y, puesto en guardia, gritó:

—Y ahora prepárate a pelear con un niño de esos que tú tanto desprecias. Yo no luzco estrella alguna en el pecho que sirva para hacerte el juego de cobarde y te voy a hacer ver unas cuantas

estrellas más brillantes que la del *sheriff*.

Holt, ciego de rabia, se lanzó como un oso contra Sol. Este le había sorprendido en el primer ataque, pero seguía considerándole una insignificancia para su humanidad y sus puños y confiaba en deshacerle en cuanto le alcanzase de dos directos aplicados con la fuerza de que era poseedor.

Pero un elemento tan pesado Como Dan no podía moverse con la agilidad de Sol. Su dinamismo era pesado y tu contrario sabía que esquivándole durante un buen rato y cansándole como a un elefante, le tendría a su merced para castigarle fieramente.

Y Sol se prometía magullarle como no había magullado a ningún hombre en el mundo. Holt era el ser más repugnante que se había enfrentado con él en su vida y sentía hacia el mastodonte un odio feroz.

Moviéndose con agilidad felina, esquivó los terribles puños de su rival sin molestarse en intentar aplicarle golpe alguno. Resultaba muy peligro acercarse a él mientras conservase la fuerza y la entereza inicial.

Holt, sin darse cuenta de la maniobra de su enemigo, trataba en vano de aplastarle con sus ataques impetuosos, al tiempo que, ciego de furor, le insultaba terriblemente; pero Sol, impávido y atento a las reacciones de tan peligroso enemigo, se limitaba a escucharle y a evadir el cuerpo a sus ciclópeos puños.

Poco a poco, la agresividad de Dan fue remitiendo. Jadeaba como un paquidermo y se movía con más lentitud.

Fue entonces cuando Sol cambió de táctica y empezó a amenazarle girando vertiginosamente a su alrededor, cosa que contribuyó al agotamiento y a la desorientación de Dan. Este se vio perdido. Ahora adivinaba la táctica de aquel ser a quien tan prematuramente había desdeñado, y, arrojando espumarajos de rabia por la boca, braceaba sin conciencia, tratando de alcanzarle por cualquier medio.

Por fin recibió el primer golpe serio. Un directo al estómago, después de amenazarle el rostro, le obligó a doblarse como una caña, para recibir otro impacto en la cara y pronto la sangre empezó a surgir de su innoble rostro.

Los curiosos asistían atónitos a la desigual pelea. No hubiesen dado un centavo par la victoria de aquel forastero frío y flexible, que con tanta habilidad esquivaba el castigo; pero ahora en sus ojos brillaba una alegría salvaje y seguían sus movimientos con pasión.

Holt recibió varios golpes más deprimentes y humillantes y con los ojos desorbitados buscaba la vaga silueta de su enemigo, tratando de atraparla para destrozarle.

Por un momento, viéndose perdido, acumuló todas sus fuerzas y

apeló a cualquier procedimiento para no verse derrotado. Tenía que vencer por instinto de conservación y por mantener su cartel de hombre imbatible y lo intentaría a costa de cualquier sacrificio.

Deteniéndose, esperó al ataque de Sol. Solamente cuando éste se lanzase sobre él podría intentar el golpe ideado.

Sol se engañó al creerle agotado y, dispuesto a terminar aquel terrible pugilato en el que también había recibido un duro castigo, intentó aplicarle un enorme directo en el mentón.

Fue entonces cuando Dan, como un toro ciego, se lanzó hacia adelante encajando el puñetazo, pero metiéndose en la guardia del bravo joven. Este trató de despegarse del cuerpo a cuerpo, pero no pudo, porque, atenazado por Holt, se vio a merced de sus terribles fuerzas. Al verse agarrado, dio un formidable tirón que dejó una manga de su camisa en las garras de aquel oso, pero la fuerza del movimiento le hizo perder el equilibrio y caer a tierra de espaldas.

Dan, como una masa de granito, se lanzó sobre él dispuesto a aplastarle. Todos lanzaron un grito de terror, pues estaban convencidos de que le pulverizaría en aquella postura en la que no tenía defensa posible.

Fue para Sol el momento más trágico de toda su vida. En los ojos de su enemigo leyó toda la vesania que le dominaba, y en un supremo esfuerzo, intentó lo único que le era dable intentar.

Cuando Holt se le echaba encima como un peñasco, flexionó su pierna derecha y, midiendo justamente el tiempo, la estiró con inaudita fuerza, haciendo hincapié en tierra cuando Dan caía sobre él. La férrea bota alcanzó de lleno la boca del matón y éste, detenido en el viaje, lanzó un aullido impresionante, pareció quedar suspendido en el vacío por una fuerza invisible durante un instante y luego, arrojando sangre por la boca como una res recién degollada, cayó a tierra con estrépito, casi encima de Sol, que, jadeante y sudoroso, se levantó de un salto dispuesto a no dejarse sorprender de nuevo.

Por un momento un silencio impresionante reinó en torno a los combatientes, luego una salva de aplausos acogió la terrible hazaña y un grupo de curiosos formando cerco corrió hacia Sol, estrechando su mano y felicitándole por su aguante y valor.

Buttu, que se hallaba densamente pálido, se acercó a él y muy emocionado, balbuceó:

—Gracias, Sol, me ha prestado usted un gran servicio. Ese cobarde estuvo haciendo todo lo posible por que le matara y me perdiese para toda la vida.

—No se preocupe. Esto es sólo un anticipo. Me dice el corazón que seré yo el que le tenga que matar no tardando mucho. Este salvaje es de los que no se resignan a la derrota y me buscará las

vueltas para vengarse; claro es que sus cálculos le saldrán tan mal como le han salido ahora al desdeñarme como enemigo.

Fay, que lloraba en silencio, se acercó a él murmurando:

—Muchas gracias por su ayuda, pero presiento que su generosidad va a ser contraproducente. Mi tío no me perdonará haber sido la causa de este horrible lance y... ¡Dios mío! ¡No sé lo que me aguardará después!

Sol se acercó a ella y tomándola de un brazo, dijo:

—Haga el favor. Vamos a su casa, que voy a hacerle también una advertencia a su tío. A los toros hay que cogerlos por los cuernos.

CAPITULO V

SOL LANZA UNA AMENAZA



O obstante, las desgarraduras de sus ropas y del aspecto lamentable que presentaba, Sol habíase obstinado en llevarse a la muchacha a su casa para entendérselas con su tío y advertirle de los peligros que corría presionándola o haciéndola víctima de tratos violentos.

Fue precisa la intervención de Buttu para obligarle a que le acompañase a sus oficinas a lavarse la sangre que manchaba su rostro y a mudarse de ropa.

Entretanto, algunos curiosos, compadecidos del estado de Dan, le tomaron como a un fardo y lo trasladaron a la farmacia del pueblo para que el farmacéutico intentase con él algo que le reanimase.

Sol, víctima de un furor sordo que no podía ocultar, acompañó a Buttu, sin consentir que Fay se separase de él; estaba dispuesto a intervenir enérgicamente cerca de aquella familia repugnante y lo haría con la decisión que le caracterizaba.

Cuando compuso un poco su figura y se cambió de ropa, tomó del brazo a la muchacha, diciendo alegremente:

—Vamos, jovencita, espero que no asustaré mucho a su tío cuando me vea la cara.

La joven temblaba como la hoja en el árbol. Conocía la acidez de carácter de su tío, así como su temperamento irascible cuando se enojaba, y temía que las represalias a tomar por haberle desobedecido, fuesen dolorosas.

—¿Por qué le tiene usted tanto miedo? —preguntó Sol durante el camino.

—No sé... realmente no puedo decir que me haya castigado físicamente nunca, pero... me atormenta con sus órdenes y consejos. Soy, más que una pupila suya, una esclava que debo estar pendiente de sus deseos.

—¿Es hermano de su padre o de su madre? '

—No. Estaba casado con una hermana de papá.

—¿Por qué le nombró su padre tutor suyo? ¿No tiene usted más parientes?

—No. Es el más cercano que me queda. En cuanto a la tutela... no me lo explico... Creo que mi padre hizo su testamento hace bastantes años, cuando yo era pequeña, y pensó que, si moría con las botas puestas, como muchos en el Oeste, necesitaba alguien que cuidase de mí. Después, no debió preocuparse de renovarlo y la muerte le sorprendió cuando menos lo esperaba.

—Creo que murió en un accidente.

Ella vaciló antes de contestar y, por fin, afirmó sin convicción:

—Sí... creo que sí... eso aseguraron.

—¿Usted no lo cree?

—No tengo motivos para creer lo contrario. No le habían dado un tiro ni presentaba más heridas que las del golpe al rodar por la terrible sima. Sin embargo... mi padre conocía el terreno a ojos cerrados... aquella noche había luna... no me explico cómo pudo despeñarse.

—¿Bebía?

—¡Oh! No sospeche usted que estuviese borracho. Mi padre era muy sobrio...

—¿Podía beneficiar a alguien su muerte?

Ella, asustada, le miró contestando con sofoco:

—¡A mí!... ¿Acaso sospecha usted que yo...?

—No... No interprete mal mi pregunta. Me refería a algún tercero...

—No. Yo era su heredera total, aunque lo que dejó no era gran cosa... al menos sí poseía más no lo encontramos.

—¿Presume usted que podía poseer más dinero que fue hallado?

—No, pero... mi padre llevaba una temporada muy raro. Se había sentido muy alegre y siempre me estaba diciendo que un día pensaba construir un palacio en nuestras tierras, capaz de encender la tentación del presidente de la República para venir a pasar en él una temporada.

Sol se quedó meditabundo y preguntó:

—¿Cree usted que tenía algún fundamento su idea?

—¡Por Dios! ¿Cómo voy a creerlo? Mi padre era muy jovial y siempre lo tomé a broma. ¿Cómo iba a edificar un palacio en un terreno ganadero como éste, aunque hubiese tenido el oro a espuertas?

—¿Por qué no? Quien siente un capricho y posee medios para satisfacerlo, no se detiene por lo que piensen los demás.

—No, no lo creo...

—Es interesante lo que me ha contado... ¿Sabe usted si su padre tenía enemigos?

—Yo no se los he conocido. Era poco pendenciero, aunque no se le podía tildar de cobarde.

—¿Por qué no se desliga usted de la tutela de su tío?

—Porque no puedo. Primero es voluntad de mi padre que sea mi tutor hasta mi mayoría de edad y segundo, que no tengo más parientes donde refugiarme. Si me fuese me retendría lo poco que poseo, al menos hasta que estuviese en edad de podérselo reclamar legalmente. Mientras tanto, me moriría de hambre y podría proceder contra mí por quebrantar la tutela.

—De eso había mucho que hablar, sobre todo si se apoya usted en la presión que ejerce para obligarla a casarse con su detestable hijo.

—¿Cómo demostrar que me presiona? Me aconseja, me tortura empujándome hacia él... quiere pintármelo como un muchacho desesperado por mi negativa a aceptarle y justifica en eso todas las barbaridades que comete.

—¿Cree usted que lo hace por el interés de que su herencia pase a sus manos?

—No. Mi tío no es rico, pero tiene más dinero que el que mi padre me dejó a mí. No lo entiendo...

Sol hizo una pregunta ajena a la conversación:

—¿Por qué no quiere usted vender a la empresa constructora de la presa el terreno inútil que posee?

—Yo sí quería vendérselo, pero mi tío se negó rotundamente. Nos lo pagan muy bien; más que realmente vale, pero él dice que lo que pretenden es un robo, pues cuando la presa funcione y esto adquiera más importancia, ese terreno valdrá varias veces más que lo que la compañía ofrece.

Sol no hizo más preguntas. Fay se había detenido ante una pequeña, pero agradable casita rodeada de una alta cerca por la que asomaban varios árboles frutales.

A la derecha, se extendía un terreno inculto, cercado por una valla de agudo espino que impedía pasar al interior del acotamiento.

Antes de que la muchacha tuviera tiempo de llamar a la puerta, ésta se abrió y la enérgica y agria silueta de David se bocetó en el vano.

El viejo había descubierto a la pareja a través de una de las ventanas y, extrañado de ver a la muchacha con aquella extraña compañía, no pudo dominar sus nervios y bajó a recibirles.

—¿Qué es eso, Fay? —preguntó desdeñando saludar a Sol—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Cómo te atreves a exhibirte en compañía de un desconocido para dar que murmurar a...?

Sol avanzó, interponiéndose entre la muchacha y David, y con

acento irónico preguntó:

—¿He contestado a su saludo? Me parece que no... ¡Oh! Perdone mi grosería. Buenos días, señor Holt.

El viejo, picado, clavó en él sus ojillos fríos y repuso:

—¿Quién diablos es usted y quién le ha dado permiso para perjudicar a mi sobrina, acompañándola sin permiso mío?

—He dicho buenos días, señor Holt, y cuando yo saludo a una persona, lo primero que exijo es una prueba de educación análoga. Después estoy dispuesto a contestar a cuantas preguntas quiera hacerme.

David rechinó los dientes y clavó sus ojos de nuevo en Sol, pero había en éste algo tan dominador, que de mala gana repuso:

—Buenos días, si eso le sirve para satisfacer su vanidad de pavo real, y ahora, como no me interesan sus explicaciones, se las ahorro diciéndole que se largue de donde no le han invitado.

—Me perdonará, pero no he necesitado su invitación para venir. Mi excelente amiga, la señorita Fay Hasting, novia de mi más querido amigo, Buttu Merrit, el delegado *sheriff* de este poblado, ha tenido a bien invitarme, y como ésta es su casa, en la que nadie le puede discutir el derecho de mandar, ha tenido ese gusto y yo lo he tenido mayor aceptando.

David, como mordido por una víbora, se revolvió gritando:

—¿Qué dice este pelele? Ni ese mequetrefe de Buttu es novio de Fay, ni ésta es quién para invitar a un extraño fanfarrón a venir a esta casa que será suya, pero en la que mando yo por voluntad de su padre hasta que deje de ser su tutor.

—Conformes. Hasta que deje de ser su tutor, pase, pero en cuanto a ser su tirano y carcelero, esto se ha concluido. Señor Holt, he venido a varias cosas muy interesantes y le ruego que, sin violencias, me haga pasar para decírselas. Seré testigo de mayor excepción en caso de denuncia contra usted por abuso de atribuciones, si se niega a admitir las visitas que esta joven tiene a bien recibir en su casa y puedo hacer que le retiren la tutela por usar de ella contra el derecho y la ley.

David dio un respingo y, tras un momento de duda, dio media vuelta y se retiró de la entrada, indicando que podían pasar.

Fay temblaba pensando en las jornadas martirizantes que la aguardaban en un futuro inmediato, cuando la influencia personal de Sol concluyese con su ausencia; pero en el fondo admiraba su osadía y fuerza espiritual y Sol, por su parte, se sentía muy divertido por haber vencido materialmente al mastodonte del hijo y empezar a reducir a la obediencia al padre, a quien consideraba más peligroso que a Dan.

Atravesaron el paseo enarenado de la huerta, ascendiendo por

una pequeña escalinata que sombreaba la parra de un porche y, atravesando el vestíbulo, David penetró en una pequeña estancia que se abría a la izquierda.

Era un gabinete de recibir, en el que muchos detalles de adorno acusaban la mano hábil y femenina de Fay.

David, rechinando los dientes, exclamó:

—¿Necesita usted que le muestre toda la casa? ¿Acaso debo contarle el historial de cada mueble y presentarle las facturas de compra?

—¡Oh, no! No hace falta. Si fuera la casa de usted, acaso me interesase saber si esta silla es suya o procede de algún atraco, pero siendo de la señorita Fay, me siento completamente tranquilo en ella.

El viejo acusó el insulto afirmando:

—Si estuviera aquí mi hijo Dan, seguramente se sentaría usted en ella más aprisa y para más tiempo del que suporte.

—No lo creo—afirmó el joven-—. Su hijo de usted tiene muy poca fuerza en los puños para semejante hazaña. Ahora, por ejemplo, estará muy ocupado en el sillón del dentista, donde yo le he sentado a la fuerza, para que vean la manera de colocarle media docena de dientes y alguna muela que se ha dejado extraer de un magnífico golpe que le he dado.

David palideció al oír la afirmación y, revolviéndose incrédulo, gritó:

—¿Usted? ¡No sea iluso! ¡Es usted muy poca cosa para cometer semejante escarnio con Dan!

—Bueno, manténgase en esa creencia, pero ya puede irle preparando el lecho para que repose unos días, que buena falta le hará. He venido a advertirle que he deshecho la cara a su hijo, primero para rebajarle los humos y hacerle que aprenda a conocer a los enemigos a quienes no se les puede juzgar por lo que parecen, sino por lo que son, y segundo para que se mire antes al espejo la boca y luego piense si le conviene o no martirizar a esta joven con sus groserías y humillaciones, si es que no quiere que repita la hazaña con él.

»Ahora, respecto a usted, vengo a decirle lo siguiente: Esta joven es el ama de su casa y de su persona; usted podrá ser su tutor, pero no su verdugo. Ella puede recibir a quien quiera mientras no falte a las reglas del honor y la decencia y conceder su corazón a quien lo satisfaga. Si usted se obstina en presionarla para que se case con el animal de su hijo a la fuerza; si usted la insulta, martiriza o amenaza; si la hace objeto de cualquier agresión que marque un abuso de atribuciones, como me llamo Sol King que aparte de volver aquí y zurrarles la badana a usted y a su precioso hijo, me iré

derecho a Austin, presentaré una denuncia contra usted y haré que le retiren inmediatamente sus atribuciones de tutor por abuso de fuerza y confianza. Estudie esto bien, porque no soy hombre que lanza las amenazas en vano. Hoy se lo he demostrado a su hijo delante de varias docenas de personas y se lo demostraré a usted en cuanto se deslice lo más mínimo.

David le oía aterrado; jamás hubiese supuesto que un hombre como aquél fuese capaz de abatir la humanidad ciclópea de Dan, ni se sintiese con arrestos para amenazarle a él con leyes que David no desconocía y que sabía que podían ser invocadas en su contra.

Dominando su ira, exclamó:

—Oiga, si tiene algo que alegar contra mí, hágalo donde crea oportuno. Soy tutor de mi sobrina y debo velar por su buen nombre y por sus intereses. Yo no la impongo que se case con mi hijo, Dios me libre de ello; me he limitado a darle algún consejo, estimando que sería una excelente unión, pues si Fay tiene unos miles de dólares, mi hijo también los tiene y no hay egoísmo por nuestra parte; en cambio me he negado a autorizar sus relaciones con ese mequetrefe de Buttu porque es un egoísta que sólo busca lo poco que Fay posee, sin que él pueda aportar veinte dólares al matrimonio. Mi responsabilidad me obliga a esto y no hay ley que lo condene.

—Según usted, podrá aconsejar, pero nunca imponer. Ella es la llamada a elegir y si es su gusto lo hará…

—Muy bien; pero lo hará cuando haya recobrado su libertad de disponer de su persona y de sus bienes…

—Que creo será dentro de unos meses, ¿no es así, señor Holt?

—Eso a usted no le importa.

—Me importa mucho, porque para esa fecha pienso ser yo quien en su nombre exija un balance de sus bienes y del empleo de ellos. ¿Se va dando cuenta?

El viejo, como dominado por la más espantosa cólera, se irguió y, señalándole la puerta, rugió:

—¡Hasta aquí hemos llegado y de aquí no pasamos! Haga el favor de salir de aquí si no quiere que llame a quien le arroje como mejor pueda. Me está usted insultando al amenazar con una investigación, sin derecho a sospechar de mi honradez. ¡Váyase, váyase inmediatamente o no respondo de mí!

Sol comprendió que se había extralimitado. Quería lanzar una advertencia para infundir más miedo, pero sospechaba que se había excedido y que, al parecer aquella flecha lanzada al azar, no podía encontrar blanco en donde clavarse.

Sin darse por aludido, se levantó diciendo:

—Iba a hacerlo sin necesidad de su amable invitación. Le he

dicho cuanto tenía que decirle y espero que lo tome en consideración. Soy hombre que no acostumbra a perder el tiempo con amenazas tontas y volveré. Volveré a saludar a la señorita Fay tantas veces como quiera a interesarme por su salud y a saber cómo se muestran ustedes de afectuosos con ella, y si cree que se puede negar a ello le advertiré que traeré una orden del *sheriff* y si no basta, del juez de Austin, o traeré a éste en persona.

Se volvió galantemente, tomando la mano de Fay, que estaba fría como el mármol y, besándosela, añadió:

—Espero que se le pase pronto este susto del que usted no tuvo la culpa. Ya nos veremos más a menudo, pues pienso estar en este bonito pueblo hasta que se case usted con mi amigo Buttu, y si algo necesita ya sabe dónde me tiene a su disposición.

Despectivamente, abandonó el gabinete y cruzó la senda hasta llegar a la cerca. Cuando ya al salir volvió la cabeza, descubrió la grotesca figura de David de pie en el vano del porche, contemplándole con unos ojos en los que ardían las llamas de todos los pecados capitales.

—¡Algún día le pagaré a usted esta visita! —amenazó.

—Tal creo—fue la respuesta de Sol, en la que puso un acento indefinido que Holt no supo traducir. Y dando un portazo abandonó la finca.

Ya fuera, en lugar de dirigirse directamente al pueblo, se dedicó a examinar el terreno que le rodeaba.

A lo lejos, se distinguía parte de la presa en la que los obreros trabajaban activamente y Sol, alcanzando un montículo, se dedicó a examinar atentamente cuanto abarcaba su vista.

Desde allí, descubría claramente los dos caminos posibles para canalizar el agua hacia el pantano, que quedaba muy atrás, a su espalda.

A la izquierda, una barranca cortada a pico de una gran anchura, resultaba un cauce ideal y poco costoso para encajonar el caudal acuoso, que iría en línea recta al pantano, y a la derecha, unas depresiones hendidas tortuosamente también podían servir para el caso, aunque éstas exigirían un trabajo más amplio y pesado y harían el cauce más dilatado y menos práctico.

Sol reconoció que el viejo Miles tenía razón al quejarse de la variación. No hacía falta ser ingeniero para comprender que el camino ideal del agua era la barranca que le pertenecía, y se adivinaba que si hubo cambio de trazado se debía a algo ajeno a la lógica y bien podía ser la intervención de Willets, interesando económicamente a alguien para que el curso del agua cambiase sus tierras, beneficiándole en la expropiación.

Al realizarse esta variante, resultaba imprescindible expropiar

también las propiedades de Fay, que como un hito se interponía entre las depresiones. Por un capricho de la naturaleza, todo el terreno propiedad de la joven resultaba un perfecto tapón y para poder utilizar aquel cauce era preciso eliminar aquel estorbo.

Ahora que libre de toda incidencia se dedicaba a estudiar el terreno, buscando la mano oculta que disparase sobre Joe, el *sheriff*, se iba formando una opinión sobre el pleito que se debatía.

Para él no existía duda alguna en la intervención de Kid Willets en la variación del trazado, pero no se explicaba por qué el *sheriff* fue asesinado por perseguir a los que, volando las obras, hubiesen desviado el cauce hacia la barranca de Miles.

En cuanto al terreno de Fay, lo examinaba a través de la cerca de espino y no le encontraba un valor especial, salvo el ser un obstáculo para el proyecto. Por un lado, comprendía la obstinación de David no cediéndole; sabía que si se empeñaban en llevar el cauce por allí tenían que tasar aquel terreno al precio que él quisiera, si no surgía una expropiación forzosa por utilidad pública; pero este valor radicaba no en la bondad de la tierra, ni en el perjuicio al aprovechar un terreno erial, sino en su situación estratégica.

Que David quisiera explotar a la empresa sacándole por la propiedad equis más equis dólares, lo comprendía perfectamente; pero que se negase en redondo a cederlo a ningún precio, era cosa que no le entraba en la cabeza, pues sabía apreciar el valor de la tierra y aquélla no serviría para nada útil, si no era a costa de mucho trabajarla y abonarla para hacerla fructífera.

Y preocupado con estas reflexiones, abandonó aquellos lugares para regresar al poblado.

CAPITULO VI

SOL LANZA OTRA AMENAZA



EGRESÓ Sol a Georgetown, dando cuenta a Buttu de su violenta entrevista con David Holt y las amenazas de que le había hecho objeto sobre la tutela de Fay.

El joven, muy preocupado, advirtió:

—Yo le agradezco en el alma su intervención, pero opino, como la muchacha, que va a resultar contraproducente. Ahora extremarán su presión y sus amenazas...

—No lo crea. A pesar de las fanfarronas palabras de David, he comprendido que ha quedado impresionado. Sabe que cuanto le he dicho se puede hacer y si posee algún interés en no dejar la tutela hasta que ella cumpla su mayoría de edad, se cuidará mucho de no provocar mi intervención, que sabe será cierta.

Buttu, obsesionado por una duda, replicó:

—¿Qué interés puede poseer en ello? Usted está convencido de que la administración debe ser honrada. La reacción de Holt ha sido al parecer sincera al tocarle ese resorte. Y si esto es así, ¿qué queda?

—Su interés en casarla con Dan.

—¿Por qué?

—Eso me pregunto yo. Si la muchacha sólo posee unos miles de dólares y Dan es aproximadamente tan rico como ella, no se explica... ¿Será verdad que Fay es relativamente pobre, o habrá algo oculto que interese tanto a ese par de coyotes?

—Será cosa de averiguarlo.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Por lo pronto hay que estar atento a las reacciones de esa preciosa pareja. De Dan no temo nada en unos días. Tiene mucho que rascar y no está en condiciones de moverse activamente por ahora. Cuando sane será la hora de preocuparse de él y vivir alerta; en cuanto al padre, me da la sensación de un reptil frío y viscoso. Se escurre entre las manos sin darse uno cuenta.

—¿Ha sacado usted algo más en limpio?

—Nada... ¿Usted tiene ocasión de ponerse en contacto con Fay?

—Sí, pero sólo lo empleo en ocasiones precisas. Ella sale poco y ahora saldrá menos; pero de vez en vez, alguna noche, sobre todo no habiendo luna, para que no me descubran, voy a su finca. La ventana de Fay da a la espalda de la casita y la noche que me decido a ir arrojo una pequeña piedra al cristal y ella baja con cuidado al piso inferior y a través de la reja hablamos. Es expuesto, porque una noche pueden descubrirme y que entonces tendré que andar a tiros, pero cuando no puedo resistir más, empleo ese medio.

—Bien, de momento, absténgase. Están muy alerta, pero si lo necesito, se arriesgará usted. Al menor deslizamiento que tengan, pediré una intervención en la tutela y se armará el bochinche; pero quiero darles cuerda larga a ver cómo reaccionan. ¿Usted no ha descubierto nada?

—No. ¡Ah!.,. Como usted supuso, mi caballo regresó solo a las oficinas. Esto me hace sospechar que ese indeseable no estará muy lejos de aquí,

—Es un consuelo—afirmó irónico Sol—. No hay nada más alegre y divertido que pasearse por el cráter de un volcán cuando éste ruge por dentro y amenaza con estallar. Nuestra posición es parecida.

—Pues que estalle. Así al menos sabremos de dónde procede el fuego. ¿Cuál es su idea ahora?

—Que me cuelguen de un roble si lo sé. Estoy preocupado con esa dichosa bajada de aguas al pantano,

—¿Por qué?

—Porque no lo veo claro. La muerte de su padre tiene su raíz en eso. Cuando descubramos a quién le interesó volar la presa y verter el agua por la barranca de Miles, sabremos quién fue el asesino moral.

—Lógicamente el interesado es Miles.

—Sí, y sin embargo la lógica se contradice. Si se demostrase que él había provocado la catástrofe ilegalmente, perdería todos sus derechos y entonces, ¿qué le importaba que el agua corriese por la barranca?

—¿Y a los demás? —advirtió con razón Buttu—. No creo que Kik ganará mucho con que Miles perdiese el derecho si ya la cosa no tenía arreglo para él.

—Es cierto, pero... ¡Escuche! ¿No habrá sido todo una farsa?

—¿Cómo una farsa?

—Sí, un simulacro de voladura sin efecto, solamente para provocar una rápida resolución de la empresa. Si Kik tiene interés en resolver su asunto, esta amenaza puede acelerar la resolución definitiva.

—No es mala idea. Habría que probarlo y en ese caso...

—Voy a intentar alguna gestión. No sé cuál, pero me daré algún paseo por la presa y hasta voy a conocer al ingeniero, a ver qué pinta tiene. En mis sospechas he llegado hasta imaginar que ese tipo pueda tener parte en el atentado si en realidad fue una farsa.

—No le encontrará usted muy simpático. Es un tipo fatuo y agresivo, al que los obreros no miran con buenos ojos. Es joven y fuerte y presume de no ceder en empuje y audacia con los hijos de la región.

—Me agrada el detalle. Un enclenque sería cosa ridícula para aplicarle un puño en un ojo. ¿Qué me tiene que decir de Dan Holt?

—¡Oh!... Le ha dejado usted hecho una criba. Le vi en la farmacia y me inspiró compasión. Ha perdido la mitad de los dientes y tiene los labios que parecen los de una vaca, aparte de las señales de los golpes anteriormente recibidos. Ya se lo han llevado a casa.

—Mañana me acercaré a interesarme por su salud—aseguró muy serio Sol—; soy galante con mis enemigos y no quiero faltar a mi deber. Esto me servirá de pretexto para saber cómo ha reaccionado el viejo.

—No lo haga, Sol—advirtió inquieto el joven *sheriff*—. Se expondrá a ser recibido a tiros.

—Que pueden ser contestados —afirmó Sol—; se lo advierto como *sheriff*. No me adelanto a disparar sin razón, pero me detengo pocas veces cuando ésta me asiste.

—No me ponga en un conflicto. Su decisión no tiene objeto práctico.

—Para mí, sí. Déjeme maniobrar y le aseguro que esto se aclarará más o menos tarde.

Buttu se encogió de hombros. En el poco tiempo que llevaba tratando a Sol había aprendido a conocerle y sabía que era inútil pretender hacerle volver de sus resoluciones.

Sol, recobrando su libertad de movimientos, volvió a visitar la presa, vigilando desde lejos el trabajo; paseó largos ratos por la granja de Miles y hasta le siguió un par de veces de modo disimulado para conocer sus movimientos, e igual hizo con Kik, el cual le resultaba más sospechoso que ninguno.

Siguiendo el consejo de Buttu, no fue a la finca de Fay a preguntar por Dan; pero dos días más tarde, cuando rondaba los alrededores de la posesión de Kik, descubrió a la puerta de la casita un calesín y se sintió intrigado.

A todo galope y dando un rodeo, se situó al otro lado del terreno en el camino vecinal y poco después se cruzó con el calesín, en el cual iba solamente David Holt. Sol maniobró para cortarle el paso y

cuando obligó al viejo a acortar la marcha, se quitó irónicamente el sombrero para saludar, exclamando:

—Buenos días, señor Holt. ¿Cómo se encuentra de salud su precioso hijo?

El viejo rechinó los dientes, pero luego, serenándose replicó:

—Bastante bien. Es un muchacho muy fuerte, que sabe resistir los golpes y reponerse de ellos. Se recupera rápidamente para darle la réplica pendiente.

—Magnífico, pero antes adviértale que se haga una nueva dentadura, si no habrá duelo. Yo no admito trampas y si pretende dejarme sin dientes tiene que ser a base de exponerse a perder los suyos, aunque sean postizos.

—Se lo advertiré. Quizá le sirvan los suyos para sustituir los que ha perdido.

—¿Dientes de lobo para un coyote? ¡No le van!

David hizo intención de fustigar a los caballos y Sol, retirándose discretamente, preguntó:

—¿Va usted a Austin?

—¿Le debo dar explicaciones?

—No, es para darle un consejo. Consulte con el juez mis palabras del otro día, a ver qué opina. Yo las mantengo firmes.

Y riendo por lo bajo, picó espuelas y se alejó mientras el calesín se perdía entre una nube de polvo.

Aquella noche hizo un descubrimiento que le obligó a meditar sobre su futura conducta. Paseando al albur por los alrededores de las propiedades de Kik y Holt, descubrió, ya avanzada la noche, que de la finca del primero salía un individuo demasiado bien vestido para pertenecer a la clase ganadera, y se sintió intrigado por ello.

Oculto entre un grupo de árboles, le contempló a la luz de la luna cambiando impresiones con Kik en la puerta de la cerca, y poco después el individuo se despedía con un fuerte apretón de manos, tomando la senda que conducía hacia la presa.

Sol reconoció por fin en el visitante al ingeniero que dirigía las obras y sin vacilar decidió hacerle una visita al siguiente día.

Ahora estaba convencido de que existía cierta concomitancia entre el terrateniente y el ingeniero, y necesitaba averiguar el alcance de aquellos tratos, por si se derivaba de ellos algún indicio que le llevase hasta la muerte de Joe Merrit, el *sheriff*.

El ingeniero tenía sus oficinas en una casilla de ladrillo y madera construida a no mucha distancia de la presa y en lo alto de una pequeña colina desde la que se abarcaba un panorama alegre y verdegueante.

Sol hizo que su caballo ganase el repecho del montículo y cuando alcanzó el rellano, un obrero que oficiaba de vigilante

detuvo su paso.

—¿Qué desea, forastero? —preguntó.

—Quisiera hablar con el señor Thomas Kyne, el ingeniero.

—¿Quiere decirme el objeto de su visita? Tengo orden de no dejar pasar a nadie si no es para algo muy útil. El señor Kyne tiene mucho trabajo.

—¿Qué considera útil el señor Kyne?

—Algo que se refiera a las obras con carácter excepcional. Para los asuntos menudos está el capataz encargado de los obreros.

—Bien, dígale que aquí hay alguien que necesita hablarle de algo excepcional respecto a la presa.

—¿Su nombre?

—Es igual. Para el asunto no hace al caso.

El vigilante desapareció dentro de la casilla y poco después regresaba adviniendo:

—El señor Kyne está ocupadísimo. Dice que se entreviste con el capataz y que él…

Sol no le dejó terminar. Desde lo alto del caballo le tomó por el cuello de la camisa y, elevándolo como a un pelele, lo arrojó a cierta distancia gruñendo:

—¡El señor Kyne es muy poco ingeniero para negarse a hablar conmigo!

Y sin hacer caso de las protestas del vigilante, se apeó del caballo, le echó las bridas sobre el cuello y con paso elástico penetró en la casilla.

Una puerta a la derecha permanecía entornada. Sol la abrió de un puntapié y quedando en el vano, exclamó:

—Buenos días, señor Kyne.

El ingeniero, que trabajaba sentado ante una mesa, se levantó como movido por una fuerza invisible y fulminando a Sol con la mirada, gritó furioso:

—¿Quién le ha dado permiso para entrar a interrumpirme? ¿No he dicho que se entreviste con…?

—Siéntese y no se sulfure, que las congestiones aquí son muy peligrosas. Es con usted con quien yo tengo que hablar y no con su capataz.

—Pero yo no tengo nada que tratar con usted mientras no sea de mi agrado.

Sol, molesto por el aire retador del ingeniero, replicó fríamente:

—Sea de su agrado o no, discutirá usted conmigo y haga el favor de no levantar la voz, que me duele la cabeza… Observe que yo también llevo revólver al cinto y sepa por adelantado que lo sé manejar mejor que usted.

La advertencia pareció impresionar a Kyne, el cual, sin ceder en

su agresividad, repuso:

—Si es que tiene que ventilar algo a tiros, dígalo ya.

—No... No creo necesitar de tales procedimientos, pero sí necesito hablar con usted y estamos perdiendo un tiempo precioso.

El ingeniero, después de un momento de duda, comprendió que no iba a poder expulsar a su visitante si no era a tiros. Tuvo que resignarse de mala gana y, sentándose sin invitar a su visitante a hacerlo, repuso agriamente:

—Bien, diga lo que sea, pero rápido. Tengo mucha prisa.

—De acuerdo. ¿Qué opinión tiene usted formada del intento de voladura de la presa y de la muerte del *sheriff* Joe Merrit?

Kyne se quedó mirándole con asombro y repuso:

—¿Y quién diablos es usted para que yo tenga que darle cuenta de mis opiniones personales?

—Pues alguien que está interesado en descubrir a los saboteadores y asesinos. Quiero creer que usted no sea indiferente al suceso.

—¡Claro que no lo soy, sobre todo en lo que afecta a la presa!... Lo demás... pero entiendo que no es usted sino la autoridad la que pueda interrogarme.

—Lo hago en nombre del actual *sheriff*, que a su vez es hijo del muerto.

—Pues que venga él y le contestaré.

—¿Qué inconveniente hay en que me conteste a mí?

—El que no soy hombre que admite imposiciones.

—¡Magnifico! Yo tampoco y ahora le voy a advertir una cosa. Tengo una teoría que voy a exponerle antes de llevarla a Austin a los elementos directores de la empresa constructora y al juez de la capital. Creo que le interesa conocerla por si le hace variar de opinión.

“Mi teoría es ésta: Usted ha variado el curso de salida del agua con un informe técnico que habría que revisar porque tiene un interés particular en que pase por las tierras de Kik Willets, el cual le ha interesado en el porcentaje de expropiación. El asunto parece que se encuentra detenido en Austin, donde se estudia la propuesta quizá con ánimo de rechazarla, volviendo al primitivo plan, y tanto usted como Kik están interesados en evitar esa posible eventualidad; por ello decidieron comprar a algunos desaprensivos que, volando una parte de la presa, amenazaran con hacer correr el agua sin dictamen final y esto obligase a la compañía a aceptar su dictamen sin más estudios ni demoras.

Kyne, que le escuchaba lívido de ira se levantó agresivamente preguntando:

—¿Qué le da a usted derecho a suponer eso?

—Sus entrevistas secretas con Kik. Anoche, sin ir más lejos, fue usted a su casa a tratar de este asunto.

El ingeniero palideció y cediendo en su agresividad, se limitó a rechazar la sugestión.

—Está usted equivocado—afirmó—, Willets es un antiguo amigo al que he visitado muchas veces antes de venir a dirigir las obras y no hay motivo para...

—No lo habrá para usted; para mí sí. Estoy interesado en llegar al fondo de la verdad y llegaré. A mí no me importa en absoluto su interés personal porque el agua corra por un lugar o por otro. Creo que no hay perjuicio para la región con que entre por la izquierda o por la derecha, pero esta pugna ha costado la vida a un hombre honrado y eso no lo tolero. ¿Se da usted cuenta?

Kyne, después de un silencio aplastante pareció suavizar su actitud y dijo:

—Bien, quiero comprender su idea y sólo puedo afirmar una cosa. A mí me sorprendió tanto como al que más aquel intento de voladura y estoy convencido de que todo fue obra de ese Miles del demonio. El asunto de la caída de aguas es puramente de la empresa, y si ésta acepta mi informe, lo ejecutará; y si no, es capaz de anular cualquier cosa consumada si va contra sus intereses. En cuanto a la muerte del *sheriff*, lo sentí tanto como usted, pero en nada me tengo que acusar de ella. Yo no intervine en ese acto de sabotaje y lo que de él se ha podido derivar no me incumbe.

Kyne parecía hablar ahora calmado y con serenidad y Sol le estudiaba atentamente, buscando un fallo en sus palabras o en sus gestos.

Sin poder formar una opinión adecuada, afirmó:

—Bien, he escuchado su opinión y de momento me reservo la mía. Usted hace una afirmación categórica; yo no tengo pruebas en contra y debo aceptarla de momento, pero escuche esto; si un día se demuestra que usted ha tenido la más leve participación en la muerte de Merrit, bien por acción directa o indirecta, no espere que le juzgue un tribunal, porque me adelantaré a él y le colgaré de la rama de un árbol.

Kyne se levantó como una fiera y apoyando la mano en la culata del revólver, gritó rojo de ira;

—¿Quiere salir de aquí inmediatamente o prefiere que le eche a tiros?

Kyne, al lanzar la amenaza, se había puesto un poco de perfil, apoyando su recio busto en la pared y de súbito, sin darse cuenta de cómo había sucedido, vio en las manos de Sol un revólver y vibró una detonación que le obligó a retirar vivamente la cara, pues el fogonazo pasó por delante de los ojos.

Sol rio, advirtiendo;

—No se alarme, que no ha sucedido nada. Tenía usted un cigarro demasiado largo y provocativo y me estaba molestando el humo. Me he limitado a achicárselo un poco.

Kyne, a quien no se le había pasado el susto, llevó la mano a su boca y retiró el puro. En efecto, éste había perdido más de la mitad, quedando de un tamaño de dos dedos.

—Ahora, si se cree usted capaz de echarme de aquí a tiros, inténtelo.

El ingeniero, pálido como un muerto, retiró la mano del revólver contemplando a Sol con mirada incierta. El aviso había sido tan eficaz, que no se atrevía a moverse por temor a que aquel hombre extraordinario interpretase mal cualquier gesto y le cosiese a tiros.

Sol, sin darle mayor importancia, se dirigió hacia la puerta, abriéndola. Luego se volvió para advertir:

—Espero que no olvide mis palabras.

Y desapareció tranquilamente. Kyne, tras un momento de estupor, hizo un brusco movimiento y, amenazando con el puño cerrado al lugar por donde Sol había desaparecido, rugió:

—¡Me las pagarás!… ¡Te juro que me las pagarás! ¡Eres el primer hombre que me ha humillado de esa forma y serás el último!

Sol no oyó la amenaza. Quizá si la hubiese oído la hubiese tomado en consideración.

El joven tomó el caballo y dirigiéndose al vigilante, que demostraba una gran agitación a causa del disparo que había captado, exclamó:

—Llévele a su jefe una absenta… El pobre sufre mucho de los nervios a causa del excesivo trabajo.

CAPITULO VII

UN TRUCO DEMASIADO VIEJO



RANSCURRIERON varios días desde esta conversación entre Sol y el ingeniero, sin que se produjese incidente alguno ni el animoso joven adelantase nada en sus pesquisas.

Huttu se sentía desesperanzado de poder descubrir a quien armó la mano del asesino de su padre, pero Sol, lleno de confianza, le animaba a no desesperar. El asunto de la presa aún no había culminado en nada que no tuviese solución y confiaba en que aún produciría algo que les llevase al fin anhelado.

Ambos continuaban intentando pesquisas que resultaban infructuosas, pero Sol, firme en su idea, no desesperaba, y aunque aparentaba a los ojos de la gente hallarse sumido en una pereza total, nunca como entonces había tenido los sentidos más avispados, y la mente más lúcida.

Por los rumores circulados, supo que Holt había abandonado el lecho, mostrándose por los alrededores de la finca sin atreverse a entrar en el poblado, no sabía si por no lucir las horribles huellas de la pelea, o si por miedo a tropezar de nuevo con su rival sin encontrarse aún completamente restablecido.

La noticia no agradó a Sol. Temía que los movimientos de Dan le complicasen la situación, pues le juzgaba animado del más fiero e irreductible deseo de venganza.

Una tarde, Buttu, muy excitado, dijo a Sol:

—Tengo alguna noticia que no sé qué puede rendir a nuestros deseos.

—Dígamela. Todo puede ser útil.

—Como usted sabe, yo no he dejado de realizar pesquisas entre los obreros de la presa, con la esperanza de lograr algún indicio que me llevase hasta los autores materiales del hecho, pues estoy seguro de que aún queda emboscado alguno de los que ayudaron a Julen Lowell.

Ayer, charlando con unos californianos que comían a la sombra de un terraplén cerca de la presa, uno me dio algunos datos que

acaso fuesen aprovechables.

Me aseguró que la noche que se intentó volar la presa él había estado paseando por los alrededores del lugar donde explotó el barreno y que se había sentado a fumar una pipa detrás de unos barriles de alquitrán, quedándose dormido sin darse cuenta.

Cuando despertó, sintió cerca voces apagadas y observó a algunos obreros moviéndose sin causa justificada por los pilares de la presa, cosa a la que entonces no dio importancia alguna, pero más tarde dio en pensar que por el lugar donde los había descubierto, por su actitud poco clara y por los individuos de que se trataba, le parecía que eran los mismos que habían intentado la voladura.

Ahora está seguro de haber visto aquella noche a Julen y a alguno más de los que murieron en la refriega, pero también asegura que vio a otros, entre ellos a un individuo alto y seco, de rostro marcado por una cicatriz junto a un ojo, al que ha visto después algunas veces en la taberna «La Perla de Texas».

Me aseguró que va por dicho establecimiento con asiduidad y en particular los sábados por la noche, cuando cobra, y como esta noche es sábado, creo que no estaría de más darnos una vuelta por «La Perla de Texas» a ver si cazamos a ese individuo y tiene algo que decirnos.

—¿Cómo no ha dado cuenta de sus sospechas antes?

—No le ha dado importancia al suceso. Dice que son muchos los obreros que hay en las obras y que el hecho de pasear junto a la presa no tiene importancia, pues él mismo había ido aquella noche por allí sin más intención que la de tomar un poco el aire fresco del río.

—¿Dónde trabaja ese obrero?

—Dice que está ahora en la nivelación del pantano.

—¿No ha dado su nombre?

—No. Dice que lo ignora, pero que su tipo no se despinta.

—Pues, bien, iremos esta noche a ese garito; pero cuidado, Buttu, la gente que ha intervenido en este suceso sabe que se juega el cuello y resultará muy peligrosa.

—No lo ignoro, pero no creo que un individuo solo pueda inspirarnos temores a los dos.

—Claro que no... Lo que hay que averiguar es si se trata de uno solo o quedan restos más numerosos.

—Él no me ha hablado más que de ése.

—Bien, iremos. No hay que despreciar ninguna posibilidad.

Aquella noche, Sol y Buttu se encaminaron a «La Perla de Texas», una taberna Sórdida y escondida que en época normal apenas si hacia negocio y que, debido a la afluencia de obreros,

había adquirido bastante parroquia, aunque no muy recomendable.

Sol, antes de penetrar en el interior, dio una vuelta a la manzana y reconoció minuciosamente los lugares próximos factibles de amparar alguna emboscada y cuando quedó tranquilo sobre el particular, se decidió a visitar el tugurio.

Este, que de continuo albergaba casi más clientes que cabían en su reducido recinto, se encontraba aquella noche más concurrido que de ordinario. Era sábado y muchos obreros de la presa acudían a los establecimientos a pasar la velada y a gastarse una parte del jornal en bebidas, cuando no dilapidándolo ante las mesas de juego.

La entrada de la pareja en el establecimiento no pareció impresionar mucho a los parroquianos. Estos, ajenos al poblado y huéspedes incidentales de él, apenas si tenían trato con los indígenas y para ellos el *sheriff* era un individuo como otro cualquiera.

Solamente el tabernero pareció inquieto con la presencia de Sol y Buttu. Este último no acostumbraba a frecuentar tugurios y el hombre adivinaba que su presencia debía encerrar algún motivo oculto que no parecía agradarle mucho.

Muy deferente, salió a recibirles y hasta se preocupó de prepararles una mesa en un extremo del rectángulo, junto a la pared, obstinándose en obsequiarles, cosa a la que Buttu se negó en redondo.

—Déjelo estar, Ames—advirtió el joven—. Yo soy esta noche un cliente como otro cualquiera y pago como cualquier otro. La autoridad no debe admitir convites.

—No pretenderá que crean que voy a sobornarle.

—¿Por qué?

—Eso me pregunto yo. Nada tengo que temer del *sheriff* y únicamente me molestaría que esta visita tuviese un motivo que repercutiese en mi establecimiento.

—¿Qué te hace sospechar tal cosa? —preguntó Buttu, intrigado.

—¿Hace falta ser lince para adivinarlo? El *sheriff* no frecuenta nunca mi casa. Si un día lo hace, sus motivos tendrá.

—En efecto, Ames, los tiene, pero no para alarmarte. En la presa trabaja mucha gente. Aquí viene parte de ella y quiero conocer a todos.

—¡Ya! Los que vienen aquí son los más sospechosos.

—Acaso. No te has distinguido nunca por el escrúpulo eligiendo clientes.

—¡Los que me han dejado, Buttu! Usted sabe que lo mejor acude a las tabernas y garitos de la calle principal. Mi establecimiento tiene poca categoría y por ello la gente que viene aquí está a tono con ella, pero no son malos. Un poco vocingleros, pero buenos

chicos.

Sol intervino para preguntar:

—¿Conoce usted a muchos?

—A bastantes. Les oigo llamarse unos a otros y se me quedan los nombres. ¿Buscan a alguien determinado?

—Pudiera ser, pero espero que se le olvide una vez que lo sepa. Otra cosa le perjudicaría mucho. ¿Sabe cómo se llama un individuo alto y seco, de rostro arrugado que tiene una cicatriz en un ojo?

Ames se quedó pensando y luego repuso:

—Si es el que me figuro creo que se llama Clint. No puedo dar más detalles.

—¿Viene aquí asiduamente?

—Muchos días, los sábados en particular. No creo que falte hoy.

—Bien, pues si le ves entrar hazte el distraído y no te acuerdes que estamos aquí y que nos hemos interesado por él. Será beneficioso para tu establecimiento.

—¡Les juro que se me olvidará!

Ames volvió a su mostrador sin que nadie, debido al mucho ruido que había en la taberna, se hubiese dado cuenta de la conversación que sostenían.

Poco más tarde, cuando, aquello resultaba casi imposible de aguantar debido al olor y el humo acre del tabaco, la puerta se abrió, dando paso a un obrero desastrosamente vestido, que se dirigió directamente al mostrador, preguntando:

—¿Ha venido Clint?

—No, todavía no—afirmó Ames—. Quizá no haya podido.

—Vendrá. Tenemos una apuesta y voy a ganársela. He apostado con él, que presume de bebedor, a que no resiste un manhattan, y voy a ganarle cinco dólares.

Buttu, que se hallaba tapado por varios clientes que permanecían en pie, dio con el codo a Sol, diciendo en voz baja:

—Ese individuo es el que me ha dado los detalles de Clint.

—Lo cual no impide que sea amigo suyo—afirmó Sol con extrañeza—. Creo que dijo que ignoraba su nombre.

—Son compañeros de trabajo. Nada tiene de extraño que lo sepa ahora.

—No sé... ese tipo no ignora que los detalles que ha facilitado pueden perjudicar a Clint y no ha dudado en darlos, al tiempo que alterna con él. ¡No lo entiendo!

—Ni yo, pero es así. Veamos en qué para todo.

Poco después entraron otros dos obreros mal fachados que acercándose al mostrador solicitaron un vaso de *whisky*, entablando conversación con el primero.

Este les contó la apuesta que tenía pendiente con Clint y todos

rieron el caso, pues alguno conocía la bebida y sabía de sus efectos.

Poco más tarde, la puerta se abrió con violencia y una silueta alta, seca, mal trajeada, se adelantó con paso: vacilante hacia el mostrador, gritando:

—Vengo a ganarte esos cinco dólares y a beber a tu costa.

—Inténtalo si puedes, Clint—repuso John—; en el bolsillo tengo mi paga intacta.

Sol clavó sus penetrantes ojos en el recién llegado e hizo una mueca de disgusto. El tipo no le agradaba ni poco ni mucho y su intuición le decía que el tal Clint era un obrero convencional que se había relajado muy poco los riñones doblándose sobre la tierra.

John se encaró con el tabernero, diciendo:

—Bueno, Ames, prepárale a mi amigo un buen manhattan; pero a ver cómo te luces, no me vayas a dejar mal.

Ames, tras un momento de duda, advirtió:

—Escucha; las apuestas me parecen bien cuando no me expongo a pagarlas. Abóname antes la bebida y luego os la serviré. No quiero que a tu amigo le desagrade y sea yo quien lo pierda.

Clint, muy ofendido, farfulló:

—Oiga, Ames, ¿tengo cara de tramposo? ¿Acaso me juzga por un recién destetado que no resista rayos con dinamita? No sé qué diablos será ese manhattan; pero sea lo que sea, me lo beberé, aunque estalle y salga por el techo de esta barraca indecente.

—Bien, Clint; pero con que me rompas el techo y estalles ni yo gano nada, ni cobro. Pagarme por adelantado o no sirvo el manhattan.

Clint se enfadó mucho, John también; pero éste, sacando un puñado de dólares, preguntó:

—¿Qué vale eso, judío del demonio?

—Un dólar veinte centavos.

—Toma, aquí los tienes y así revientes con ellos. Ahora, como tu bebida no sea tan buena como mi dinero, te arrancaré las orejas.

Ames, sin hacer caso, tomó de la anaquelería diversas botellas y un gran vaso de estaño y empezó a hacer la mezcla, seguido con interés por los que se hallaban junto al mostrador.

Echó cuatro dedos de ron, un buen trago de coñac, añadió dos dedos de ginebra, lo roció con una gran porción de salsa picante y lo removió con entusiasmo, seguido por las curiosas miradas de los interesados.

—¿Esto es tu célebre manhattan? —comentó despectivo Clint—. Ahora verás lo que tarda en llegar a mi estómago.

Tomó el vaso y se llenó la boca con parte del contenido, pero rápidamente retiró el vaso, dibujando en su seco rostro unas muecas horribles de angustia, al tiempo que sus ojos se llenaban de

lágrimas que hacían sonreír a los testigos; pero el obrero, haciendo vehementes esfuerzos para no darse por vencido, tragaba con dificultad lo que tenía en la boca y contemplaba angustiado lo que aún quedaba en el fondo del vaso.

—¿Está bueno, Clint? —preguntó burlón John—. Apuesto a que te gusta y repites. ¡Si es bebida de damiselas!

Clint, rojo como una amapola y tratando de dominar el hipo que le ahogaba, volvió a levantar el vaso y se echó a la boca el resto del contenido, que lentamente fue tragando, no sin dar a entender la angustia que le estaba causando hacerlo.

John reía estrepitosamente viendo los gestos de su compañero y el coro le imitaba, pues el espectáculo les resultaba muy divertido.

Cuando por fin hubo apurado el resto, se volvió hacia Ames y depositando dos dólares en el mostrador, hipeó:

—¡Pon... ponga... o... otro!

—¿Qué es eso Clint? — preguntó amoscado John—. ¿Serás capaz de repetir?

Clint le apartó bruscamente y repitió:

—¡Ponga... otro!...

Ames cumplió el encargo, asustado del efecto que iba a causar en el cliente aquel barril de pólvora líquida, pero cumplió la orden.

Cuando el vaso quedó sobre el mostrador, Clint lo señaló con el dedo y dirigiéndose a John, advirtió:

—¡Ese... ése te lo vas a... a beber tú... a ver si eres... si eres tan hombre como yo!

John retrocedió al oír la orden y se colocó de costado junto al mostrador, mientras Clint, separado de él, se mantenía con las piernas abiertas en situación paralela.

Sol, al oír a Clint, hizo un brusco movimiento y advirtió a Buttu:

—¡Cuidado! Me parece que esto se complica.

—Déjeme... Voy a intervenir...

—¡Quieto, aún no! Siempre habrá tiempo.

John, con voz firme, exclamó:

—¿Estás loco, Clint? Yo sólo he apostado a que no eras capaz de resistir un manhattan. Lo has resistido, pago y en paz.

Pero su compañero, moviendo la cabeza negativamente, repuso:

—No. Tú has pretendido hacerme estallar y vamos a ver quién estalla antes. Te bebes eso o...

John, súbitamente, llevó la mano al revólver, siendo imitado por Clint.

Los más próximos a los contendientes se tiraron al suelo temerosos de ser alcanzados y dos disparos rasgaron el silencio que se había producido en la taberna, al tiempo que Sol, dando un terrible empujón a Buttu, le arrojaba del banco al suelo, dejándose

caer él también.

Los proyectiles se clavaron en el lugar exacto donde ambos habían estado sentados segundos antes y Sol, que había obrado avisado por un sexto sentido de peligro, extrajo con celeridad sus revólveres y disparó.

Tanto Clint como John, habían adoptado una actitud equivoca al agredirse. En lugar de disparar el uno sobre el otro habían girado el brazo, dirigiendo sus tiros hacia el lugar donde se hallaban sentados Sol y Buttu, pero el primero, que no se fiaba de su sombra, habla adivinado por la posición de sus cuerpos y el movimiento de sus manos la trágica maniobra y, conociendo el viejo truco, pudo soslayar el terrible peligro que durante un momento se había cernido sobre ellos.

Uno de sus disparos alcanzó a Clint cuando se disponía a disparar de nuevo. El indeseable se llevó las manos al vientre con un terrible gesto de dolor, al tiempo que se doblaba hacia adelante para caer como un fardo.

La dramática situación adquirió una tensión terrible al producirse un hecho inesperado. Mientras parte de la clientela asustada, temiendo ser víctima de aquel pugilato abandonaba la taberna en tropel, los amigos de John, escondiéndose donde mejor estimaron hurtar el cuerpo a las balas, hicieron causa común con los agresores y trataron de eliminar a Sol y a Buttu antes de que éstos tuvieran tiempo de reaccionar, pero ambos se habían parapetado en dos mesas caídas, en las que se clavaron los primeros disparos.

Sol buscó el cuerpo del traidor John, al cual alcanzó con un disparo certero, y durante un momento, el humo de los revólveres unido a los gritos y juramentos de los atacantes, convirtieron en un infierno el pequeño rectángulo de la taberna.

Ames, viéndose perdido, sacó un revólver que tenía debajo del mostrador y optó por ponerse del lado de la autoridad. Era lo más práctico que podía hacer, después de las advertencias que le habían sido dadas.

Su intervención pareció decidir la lucha. Cuando uno de los falsos obreros cayó con el cuello atravesado por un disparo del tabernero, el resto se consideró perdido y, como lobos rabiosos, saltaron hacia la puerta, huyendo calle abajo, para desaparecer poco después a lomos de unos caballos que ya tenían preparados para la fuga.

Sol, con una ligera rozadura en el hombro, se levantó amartillando el revólver y se dirigió a los caídos. Clint había muerto de un balazo en el vientre y John, con el pecho atravesado por un certero disparo, se debatía en un impresionante charco de sangre.

Aplicó fríamente el cañón del revólver sobre la sien del herido y

advirtió con acento cortante:

—¿Conque ése era vuestro juego, miserable traidor?... ¡Habla! ¡Habla o te remato como a una fiera dañina!... ¿Quién os pagó para que nos asesinaseis con ese truco tan viejo y tan gastado?

John miró a Sol con ojos dilatados por el terror y balbuceó:

—Fue... fue Dan Holt... Nos dio... sesenta... sesenta dólares... a cada... uno... El ideó el... truco y...

—¿Conque Holt? ¡Bien!... ¿Qué hay de verdad en lo que contaste de la presa?

—Na... nada... todo... fue invención de Dan... Yo...

No pudo decir más. Su boca se llenó de sangre y quedó rígido, con los ojos clavados en su matador.

Sol enfundó el arma y dirigiéndose al tabernero, dijo:

—Gracias, Ames. Su intervención fue providencial. Cumplió usted con su deber.

—Sí, señor. Me dio rabia y asco el truco. No he podido nunca con los cobardes traidores.

Buttu, que estaba blanco como el papel, tomó la mano de Sol, diciendo:

—Gracias, amigo, le debo a usted la vida. No sospeché lo que tramaban hasta que me vi en el suelo empujado por su terrible puño.

—Yo tampoco, pero me lo advirtió la posición de sus cuerpos y el movimiento de sus manos. He peleado ya mucho con esa chusma para no conocer sus trucos.

Buttu dio orden de retener los cadáveres hasta que enviara a por ellos y Sol, con gesto brusco, exclamó:

—Ahora voy a que me dé explicaciones Holt.

CAPITULO VIII

UN PLAZO FATAL



OL montó a caballo dispuesto a presentarse en la casita de Fay para buscar a Dan y zanjar con él aquel enojoso asunto, que no podía dejar en la indiferencia después de la cobarde y traicionera actitud de su enemigo.

Buttu le detuvo diciendo:

—Creo que hace usted mal, Sol. Aquello es un nido de víboras, donde será usted recibido a tiros.

—Mejor. Es lo que quisiera, para justificar el que yo entre disparándoles también.

—Bien, en ese caso le acompañaré —advirtió Buttu.

Sol rechazó el ofrecimiento, afirmando:

—Usted se quedará. Su posición allí es muy falsa. Pierde usted autoridad por sus relaciones con la muchacha, Deje que yo arregle esto a mi estilo.

Buttu luchó por convencerle, no lográndolo. Por fin, aburrido, dijo:

—Usted gana. Es usted más testarudo que una mula resabiada. Espero que no encuentre allí a Dan y que nada suceda. Holt es demasiado listo para permanecer a su alcance si teme un fracaso y ser descubierto.

—Pues si no está allí, ya regresará, y entonces...

Buttu, después de un momento de vacilación, suplicó:

—Sol, hágame un favor. Si entra usted allí y tiene ocasión de hablar un momento con Fay, dígale que mañana por la noche iré a verla. Que espere y yo haré la señal convenida.

—Se lo diré, si tanto sufre usted no viéndola.

—Desde el célebre día que estropeó usted el físico a Dan ni nos hemos visto. Estoy inquieto por no saber qué sucede allí dentro.

—Me lo figuro. Estese tranquilo, que se lo diré si la veo, y si no...

Sol no concluyó la frase, picó espuelas al caballo y salió al

galope hada la casita.

Sol no hizo reparos a la hora. El asunto era para él tan perentorio que no le importó ponderar que la noche se hallaba muy avanzada. Quizá a aquella hora Dan se encontrase en la casa esperando noticias del resultado de su estratagema y le sorprendería desagradablemente con su presencia, obligándole a denunciarse a causa de la rabia.

Cuando se detuvo ante la cerca, un silencio impresionante reinaba en la finca. Solamente en una ventana del piso superior brillaba el reflejo de una luz.

Sol se apeó del caballo y aporreó la puerta. Luego tomó el revólver y con él bien empuñado esperó:

La ventana se abrió y la antipática silueta de David Holt se dibujó en el vano.

—¿Quién diablos llama a estas horas? —preguntó.

—Haga el favor de abrir—ordenó Sol autoritariamente—. Tengo necesidad de hablar con ustedes.

El viejo pareció sorprendido, pero, reaccionando, contestó:

—Lo siento. No recibo más visitas que las que me son gratas y, aun así, a estas horas, las rehúso.

Sol, enérgico, advirtió:

—No me importa su decisión. Tengo necesidad de hablar con ustedes y entraré, aunque tenga que prender fuego a la finca. Adviértaselo a su precioso hijo Dan.

David, rabioso, contestó:

—Mi hijo no está y quizá por esto se atreve usted a fanfarronear lanzando esas amenazas. Sí estuviera aquí no lo haría así.

—Bien, abra y luego lo verá. Si no está le esperaré.

—De sobra sabe usted que no vendrá. Marchó a Austin hace dos días y tardará cuatro o cinco.

Sol dudó en creer las afirmaciones del viejo y para convencerse de que no le mentía, advirtió:

—Si no quiere que crea que está escondido como las gallinas cuando les persigue la zorra, haga el favor de abrir para que lo compruebe. Tengo que hablar con él de la manera que él quiera y le advierto que de no hacerlo así conmigo, tendrá que hablar con el *sheriff* de manera más desagradable para él.

La amenaza de Sol infundió miedo a David, el cual se decidió a abrir. Cuando franqueó la puerta, gruñó:

—¿Es que no me voy a ver libre de su antipática presencia nunca? Jamás me ha importado usted un comino ni me he metido en sus cosas para consentir que usted se meta en las mías. ¿Por qué lo hace?

Sol, sin soltar el arma y sin perder de vista las puertas, advirtió:

—Si está su hijo, haga el favor de decirle que salga. Le conviene más que ocultarse cobardemente.

David, engallado, rugió:

—¡Mi hijo no se esconde jamás! Le he dicho que marchó a Austin hace dos días a arreglarse la boca. Puede comprobarlo yendo allí.

—El pretexto está bien buscado —comentó irónico Sol—. Así se busca una coartada para eludir la responsabilidad del cobarde asesinato del *sheriff* y mío, que tan bien tenía organizado.

David le miró con los ojos muy abiertos y balbuceó:

—¿Qué… qué dice… usted?

—¿Acaso lo ignora? ¿Va usted a decir que no sabía que había contratado a media docena de indeseables para que fingiendo una riña entre sí nos asesinasen a tiros?… Lo malo para él es que el truco, muy viejo, se frustró y que parte de los asesinos han pagado la treta con su vida, pero no antes de acusar a Holt.

El viejo estaba lívido oyendo a Sol y parecía presa del mayor nerviosismo. Como un lobo acorralado, miraba a todas partes y los labios le temblaban nerviosamente.

—¡Mentira! —rugió—. ¡Eso es otro truco para perder a Dan! Él no es capaz de eso…

—¿Que no? Pues que me lo demuestre…

—Se lo demostrará cuando regrese. Alguien que le quiere mal trata de perderle… ¿Quién le dice que los asesinos no obran por cuenta de otro y al verse perdidos han culpado a Dan? No se puede acusar sin pruebas.

Sol quedó un momento indeciso. Estaba seguro de que todo había sido una trama tenebrosa del hijo de David, pero las razones de éste eran sólidas mientras no tuviese una prueba mejor en su poder. Estaban sucediendo cosas muy raras en torno a la presa y una más no sería de extrañar.

Pero no muy convencido, exclamó;

—Bien, déjeme convencerme de que no está aquí.

El viejo, ofendido por la propuesta, replicó rabioso;

—¿Le bastaría con lo que sobre ello le dijese mi sobrina Fay?

—Si usted no interviene para coaccionarla obligándola a que mienta, sí.

—Pues siga ese pasillo adelante y llame en la puerta del fondo. Es su habitación.

—Gracias. No me gusta seguir ciertos caminos que me trazan mis enemigos. Llámela desde aquí y limítese a esto.

David se asomó al pasillo y gritó:

—Fay… ¿Estás levantada?

Poco después, la voz de la joven contestó al fondo del pasillo:

—Sí tío, ¿qué quería usted?

—Haz el favor un momento.

Poco después aparecía la muchacha. No pareció muy sorprendida al ver a Sol. Debió sentirle llamar tan ruidosamente y quizá hubiese escuchado algo de la conversación. Le miró inquieta al entrar y preguntó con voz velada.

—¿Qué deseaba usted, tío?

—Simplemente que contestes a una pregunta.

—¿Dónde está Dan? — interrogó Sol mirándola fijamente.

—Marchó a Austin hace dos días —afirmó ella sin vacilar.

—¿Está usted segura? —preguntó Sol.

—No... No estoy segura, puesto que yo no le acompañé. Dijo que iba allí a arreglarse la boca. Es cuanto puedo decir.

Sol quedó convencido. Estaba seguro de que la joven decía la verdad.

Rabioso, se volvió hacia David diciendo:

—Escúcheme. Cuando regrese, adviértale esto: le doy veinticuatro horas para que desaparezca del pueblo. E] sabe lo que significa esta orden en el Oeste.

David, palideciendo, rugió:

—¡Nunca! ¡Mi hijo no es un pistolero a quien se le da esa orden! ¡No la acatará!

—Pues ya sabe a lo que se expone. Le mataré donde le encuentre pasado ese plazo.

—¿Con qué derecho?

—Él lo sabe. Podía hacerle detener y juzgar por asesinato frustrado tramado cobardemente. La sentencia sería colgarle de un árbol. Que elija.

—¡Le buscará antes y veremos quién es el que abandona el pueblo y para siempre!

—Conformes. Ahora, señorita, haga el favor de acompañarme hasta la puerta como garantía. Quiero salir tan vivo como entré en esta casa.

Aquello era un pretexto para hablar con ella un momento a solas, pero David no lo entendió así.

—Me está usted insultando a mí también. Yo no soy un asesino.

—No estoy yo muy seguro de ello —afirmó brutalmente Sol—. Hay cosas que vienen de familia.

Y sin decir más, se dirigió hacia la puerta, haciendo señas a Fay para que le siguiera.

La joven le obedeció sin consultar a su tío con la mirada y David, rechinando los dientes con ira, se quedó en la estancia sin decidirse a seguirles.

Cuando descendían la escalera, Sol preguntó en voz baja:

—¿Qué tiene usted que contarme?

—Que es cierto lo que le he dicho. Dan se fue hace dos días.

—No me refiero a eso. Sabía que no me mentirla usted. Le pregunto sobre el trato que le dan a usted aquí.

—Pues no puedo quejarme. Desde aquel día, salvo una escena violenta que tuve con padre e hijo a causa del suceso, no se han vuelto a preocupar de mí. Mi tío parece haber cambiado de táctica y hasta me trata con cierta deferencia.

Sol quería hacerle algunas preguntas, pero comprendía que era peligroso hablar allí. Se limitó a decir:

—Su novio quiere verla mañana por la noche. Esté usted alerta, que vendrá.

—Gracias—repuso ella emocionada—. Hace mal en exponerse, pero comprendo su angustia. Dígale que le esperaré, porque no estando aquí Dan, puedo burlar más fácilmente al viejo.

—Yo también quisiera haberla visto más despacio para hacerle algunas preguntas. Aquí es expuesto...

Ella le apretó el brazo, diciendo:

—Mañana por la tarde esté por los alrededores de la hondonada donde murió mi padre. Todos los meses, el mismo día en que murió, doy un paseo a caballo hasta allí y arrojo un ramo de flores a la sima. Mi tío lo sabe y no me opone obstáculo alguno para que cumpla esa piadosa misión. Podemos hablar unos minutos.

—Gracias. Por allí andaré escondido esperándola.

Estrechó la mano de la joven y desapareció entre las sombras de la noche con el revólver amartillado, registrando los accidentes del terreno. No estaba muy convencido de la lealtad de aquella gente y temía ser víctima de alguna emboscada alevosa.

Por fin, entró en el pueblo sin que sucediese lo que él se temía. Holt debía haberse marchado ciertamente, no sólo para probar la coartada, sino para estar lejos de allí en el caso de que su plan sufriese un sensible fracaso.

Ahora era muy fácil que su padre se apresurase a advertirle y sentía curiosidad por conocer la reacción de aquel salvaje. Le quedaba un dilema: o marcharse cobardemente del pueblo, o dar la cara y enfrentarse con él.

Podía demorar esto tanto tiempo como se encontrase ausente, pero en el momento que pisase el pueblo y se diese a ver, no le quedaba más solución que tomar una de las dos actitudes.

Sol se dirigió directamente a las oficinas de Buttu, al que encontró redactando el atestado de lo ocurrido para pasárselo al *sheriff* de Austin, del que dependía. Estaba obligado a hacerlo así, ya que él solamente oficiaba como delegado, por no tener el pueblo categoría para contar con *sheriff* propio.

Sol le dio cuenta de su entrevista y el muchacho se alegró mucho al saber que Fay aceptaba su visita. Luego comentó:

—¿Qué cree usted que hará Dan?

—No lo sé, pero hará usted muy bien en indicar en el informe que se encuentra en Austin. Esto inducirá al *sheriff* a buscarle y si quiere evitar vérselas con él tendrá que regresar al pueblo. Le acorralaremos como a los coyotes hambrientos.

—Dice usted bien. Voy a decírselo así al *sheriff*.

Mientras Buttu añadía en el informe las insinuaciones de su amigo, éste tomó unos pliegos de papel y se dedicó a escribir algo en ellos.

Cuando el *sheriff* concluyó, levantó la vista y al observar los escritos de Sol, hizo un gesto de asombro.

—¿Qué diablos está usted haciendo? —preguntó.

—Unos pasquines, ¿no los ve? Los voy a colocar en lugares estratégicos para que los lea todo el pueblo. Yo, cuando hago una cosa, la hago a conciencia.

Terminó de escribir y tomando un puñado de clavos y un martillo, advirtió:

—Voy a colocarlos. Le dejo para que descanse y, cuando haya cumplido esta misión me retiraré a imitarle. Creo que nos hemos ganado un buen sueño.

—Al menos mejor que el que Dan nos había preparado— comentó humorísticamente Buttu.

—No contaba con que le devolviésemos la pelota. Ahora, el que está abocado de dormir eternamente es él.

Estrechó la mano del *sheriff* y montando a caballo, desapareció.

Más tarde, se apeó en la calle principal y armado de clavos, pasquines y martillo, fue colocando los escritos en diversas tapias y puertas, bien a la vista de los habitantes del lugar.

La hora avanzada hizo que nadie se enterase de ellos, pero al siguiente día, todos se mostraron asombrados al enfrentarse con los pasquines, que decían así:

> Dan Holt deberá desaparecer de este pueblo en un plazo de veinticuatro horas. De no hacerlo voluntariamente, le haré salir a tiros.
>
> Sol King.



CAPITULO IX

SOL REALIZA UNA HEROICA HAZAÑA



ESPUÉS de dar cuenta a Buttu de su entrevista con Fay, Sol se abstuvo de decirle que había quedado citado con la muchacha a la tarde siguiente en las cercanías de la barranca. El motivo de callar la cita., obedecía a que quería hablar con ella libremente de cosas de interés y sabía que la presencia del joven enamorado distraería a la joven inútilmente, ya que él debía verla aquella misma noche. Por otra parte, temía que pudiesen ser vistos por aquellos lugares, frustrando la entrevista, pues David debía estar demasiado escamado y era muy posible que vigilase los pasos de la muchacha.

El día transcurrió sin nada que turbase la tranquilidad del poblado. Únicamente sus habitantes, reunidos en grupos en las calles o en los establecimientos públicos, comentaban a su sabor el reto lanzado por Sol y se sentían con los nervios en tensión preguntándose cuál sería la actitud de Dan y qué iría a suceder cuando transcurriese las veinticuatro horas del plazo fatal.

Sol no se dio a ver de nadie durante el día. Le molestaba horriblemente saberse el blanco de los comentarios y pretendía rehuir preguntas de la gente y tener que dar explicaciones que sólo serían útiles en el momento final.

Cuando la tarde se acercaba a su ocaso, montó a caballo y, dando un rodeo para abandonar el pueblo por el lado contrario al de la cita, enderezó luego el rumbo y se dirigió a la barranca.

Esta se hallaba situada a un par de millas de las afueras del poblado y se trataba de un lugar muy pintoresco, aunque peligroso para quien desconociese su configuración.

Una dilatada franja de terreno herbóreo que discurría desde muy lejos, pero con dirección a la finca de Fay, se alejaba hacia el Norte, formando un blando suelo salpicado de añosos árboles, y en varios trozos el arbolado se apiñaba formando una enrevesada maraña a través de la cual resultaba difícil circular.

El terreno, formando un poco cuesta, ascendía a veces encerrado

por algunos desniveles para abrirse de nuevo dilatadamente y al final, cortado bruscamente, se abría la sima que desviaba el camino de modo violento hacia la derecha, formando un círculo para bordear la cortada y poder seguir hacia adelante.

La barranca era algo impresionante. Cortada a pico y de una anchura de más de veinte metros, presentaba las paredes cubiertas de resecos arbustos que se enredaban unos con otros, formando una costra que impedía distinguir la formación geológica de la sima. Diversos afiladísimos salientes de roca se adelantaban en el vacío y en el fondo, rugía una torrentera que al despeñarse entre rocas y desniveles debía formar pequeñas cataratas.

Algunos osados, exponiendo seriamente su vida, habían descendido al fondo buscando los lugares más asequibles, pero estos intentos resultaban muy expuestos.

Sol sabía, porque se lo habían contado, que cuando el padre de Fay se despeñó en aquel horrible abismo, tres vaqueros intrépidos se ofrecieron a descender para buscar el cadáver el cual lograron localizar después de varias horas de búsqueda angustiosa. Había quedado con la cabeza destrozada junto a unas peñas al borde de una pequeña cascada y tuvieron que realizar esfuerzos desesperados para izarle desde allí.

Algunas veces, Sol había pensado en la muerte del padre de la muchacha, sobre todo desde que ésta mostrara sus dudas respecto a la posibilidad de un accidente; pero Sol se había informado lo mejor posible y todos habían coincidido en afirmar que no presentaba más heridas que las que le produjo la caída.

El joven puso el caballo al paso y avanzó recreándose en la contemplación del paisaje. La tarde, muy avanzada, aparecía inflamada de sol y un cendal de oro se cernía sobre la verde alfombra del suelo, mientras, lejos, las vagas siluetas de los montes cubiertos de cedros aparecían como ingentes conos pintados de sombras.

A unos trescientos metros de la barranca, descubrió un macizo de árboles frondosos a cuya sombra echó pie a tierra dispuesto a esperar. Fay no tardaría en llegar, cumpliendo su promesa y antes de darse a ver a ella quería convencerse de que no era vigilada por el viejo para controlar sus pasos y convencerse de que en efecto iba a cumplir su piadosa y reiterada misión.

A unas cien yardas a su izquierda, el terreno formaba una especie de paso debido a unos terraplenes que lo encajonaban. Este paso se abría más tarde frente a la sima; pero para llegar allí era forzoso atravesar aquel embotellamiento.

Sol esperó un buen rato sentado en una piedra, con la espalda apoyada en un árbol. Se había entregado a hondos pensamientos,

entre los que predominaba el misterio en que seguía encerrada la muerte del *sheriff*.

Pese a sus esfuerzos, hasta el presente no había logrado encontrar una pista que le condujese hasta la persona misteriosa que había armado el brazo de Julen Lowell. La muerte prematura de éste le impidió descubrir al instigador y más tarde, cuando fue víctima de la emboscada de Dan, creyó haber encontrado el hilo roto; pero pronto se convenció de que aquel episodio estaba desligado del anterior, pues el atentado nacía en el odio despertado en el alma de1 salvaje Holt por la terrible paliza que le administrara.

Este fracaso tenía a Sol desalentado. Había prometido a su amigo Buttu descubrir a los asesinos de su padre, y a menos que se produjese algún otro hecho aislado que poder unir con el anterior, temía fracasar en tan noble empeño.

Se hallaba sumido en estos desagradables pensamientos, cuando una detonación, que debió producirse a una distancia de una milla, turbó el impresionante silencio de la tarde.

Sol, al oírla, se envaró, llevando involuntariamente la mano al revólver, pero pronto detuvo el gesto. Desde el lugar donde se había disparado, nada debía temer, aparte de que la detonación procedía del otro lado de la cortada senda cuyos desniveles impedían que nadie pudiese verle.

Por un momento, pensó que se tratase de algún cazador en busca de perdices, que abundaban por aquellos lugares, y estaba haciéndose a esta idea, cuando su fino oído creyó captar a pesar de lo blando del camino, el galope suave, pero precipitado de un caballo.

Súbitamente, se envaró con los músculos del rostro endurecidos. Acababa de recordar a Fay y por un momento temió que alguien hubiese atentado contra ella.

Se disponía a montar a caballo para pasar al otro lado de la senda, cuando como un meteoro desembocó en la parte amplia un caballo que a todas luces se descubría que llegaba desbocado.

Sobre él, una silueta inclinada hacia el cuello de la montura procurando no salir despedida de la silla y al tiempo dominar a la alocada bestia, desfiló rápidamente ante los ojos de Sol y éste, con su agudo golpe de vista, reconoció en aquella silueta a Fay.

El joven sintió que se le erizaba el cabello al darse cuenta de la dramática situación. El caballo, como un huracán, corría en línea recta hacia la sima que se abría frente a él y Fay, que se daba cuenta del tremendo peligro, pugnaba angustiosamente por dominar a la alocada bestia, tratando cuando menos de obligarla a derivar a la derecha para evitar el trágico salto al vacío.

Sol, sin perder segundo, saltó sobre el caballo y sin piedad le clavó las espuelas para obligarle a alcanzar a la desbocada montura, que ya se había despegado de su trayectoria ganando demasiado terreno. Si su fiel caballo no respondía a su dramático requerimiento, todo cuanto intentase para interponerse en su fatal carrera sería vano.

El noble bruto, como si hubiese comprendido lo que de él reclamaba el jinete, se lanzó tras el fugitivo, desarrollando todo su formidable poder de velocidad y Sol observó con alegría que ganaba terreno, aunque le dominaba la inquietud de no ganar lo suficiente para adelantarse al asustado cuadrúpedo y poder desviarle de su trayectoria.

Ya se acercaban ellos a la sima siniestramente y Sol nada podía hacer para ganar la carrera. El caballo de Fay, ciego a todo requerimiento, avanzaba fatalmente hacia la muerte y con él su aterrado jinete.

Un solo recurso quedaba a Sol por emplear y no vaciló un momento en ello. Tenía los nervios tan en tensión, que vaciló antes de emplearlo, pero comprendiendo que de su serenidad y sangre fría dependía la vida de la muchacha, procuró dominar su angustia y, arrancando el lazo de la silla, lo volteó en el aire, azuzando a su caballo para que se acercase todo lo posible, al contrario.

Fue un momento de terrible angustia la que Sol soportó girando el brazo en el vado con la cuerda formando un gracioso círculo en el aire. Luego, lo lanzó poniendo en el intento toda su alma, y, aferrando reciamente el cabo que habla quedado en su mano, esperó.

El lazo, hábilmente dirigido, cayó, debido a la inclinada posición de Fay, sobre el cuello del animal. Sol hubiese querido aferrar a la joven para sacarla de la silla, dejando que el caballo siguiese su mortal trayectoria, pero debido a la postura de ella no era posible y tenía que intentarlo con el caballo, a pesar de lo que iba a significar para él el brutal tirón que debía dar el alocado bruto,

Sol soportó la terrible sacudida y se sintió levantado de la silla y sacado de ella para rodar por la hierba como un pelele, pero sus puños de acero soportaron la prueba y no soltó el lazo, exponiéndose a correr la misma suerte que la infeliz muchacha.

Pero de súbito la horrible presión aflojó. El caballo se había enredado las patas, cayendo a tierra, donde se debatía furiosamente y Sol, de un salto fantástico, se levantó todo magullado y alcanzó al asustado bruto cuando éste al aflojarse el lazo, intentaba enderezarse quizá para continuar su carrera insensata.

Fay, arrojada de la silla, había rodado por la hierba, sobre la que quedó privada de conocimiento, mientras Sol, atento al irascible

caballo, luchaba con él a brazo partido tratando de dominarle.

Por fin, sin soltar el lazo, consiguió trabarle las patas delanteras y así, el animal, sujeto por remos y cuello, se veía en la imposibilidad de levantarse y huir.

Seguro de que la montura no constituía ningún problema, corrió en auxilio de Fay temiendo que hubiese sufrido algún grave accidente, pero pronto se tranquilizó al observar que sólo presentaba algún rasguño y el quebrantamiento propio de la caída.

El desmayo debió producirse a causa de la terrible impresión de verse al borde de la sima próxima y caer en ella y Sol, tomándola en brazos, la transportó a otro lugar por donde discurría un claro arroyo.

Con un pañuelo chorreando agua que aplicó a sus sienes, consiguió, pasado un gran rato, reanimar a la muchacha, y cuando ésta abrió los ojos y los fijó intensamente en Sol, reconociéndole, rompió a llorar con amargura balbuceando:

—¡Oh... usted... gra...cias...!

—Cálmese, Fay—se apresuró a decir Sol—. Comprendo el mal rato que ha sufrido, pero ya no hay nada que temer. Está usted a salvo.

La joven cerró los ojos, respirando con fatiga, y así se mantuvo un buen rato, procurando serenarse, hasta que, por fin, más calmada, lanzó un hondo suspiro y se incorporó con trabajo, secando sus ardientes lágrimas.

—Muchas gracias—repitió—. Sé lo que le debo y jamás podré pagarle este inmenso favor...

—¡Bah! No merece la pena recordarlo. Confieso que he pasado unos momentos trágicos y que creí que íbamos a ir los cuatro a parar a esa terrible sima, pero por fortuna pasó el peligro... ¿Quiere decirme cómo ha sucedido esto? ¿Acaso su caballo es un animal peligroso?

La muchacha miró con espanto a todos lados y, pasándose la mano por los ojos como tratando de ahuyentar una amarga visión, contestó:

—¡Oh, no! «Stard» es el animal más manso y tranquilo que yo he conocido.

Sol, recordando la detonación captada poco antes, preguntó:

—¿Qué fue un disparo que escuché? ¿Fue contra usted acaso?

—No... Es decir, creo que no... No he visto a nadie, lo único que puedo decir es que contribuyó a que «Stard» acabara de desbocarse.

—Entonces, ¿su actitud no obedeció al disparo?

—No, apenas salimos de casa empezó a mostrarse inquieto y molesto... Yo lo achaqué a que llevaba sin sacarlo algún tiempo, pero... otras veces le he tenido más tiempo encerrado y no sucedió

esto. ¡No me lo explico!

—Sí, es extraño... ¿No tiene idea de dónde partió el disparo ni contra quién?

—No. Venía nerviosa observando la inquietud del caballo. Fue una fatalidad que eso contribuyese a desquiciarle.

—¿Puede usted levantarse? —preguntó Sol.

—Lo intentaré. No lo sé, pero me duelen todos los huesos.

—Le conviene para no enfriarse. Después, si no está en condiciones de montar a caballo, veré de llevarla a su casa.

La joven hizo un gran esfuerzo y se incorporó. Sentía un terrible dolor en todo el cuerpo, pero lo aguantó valientemente.

—Veamos qué le sucede a su caballo—dijo Sol—. Observo que aún no se ha calmado.

Fay, reprimiendo el dolor que sentía en todo el cuerpo, se acercó al noble bruto, que jadeaba en tierra agitando fieramente los cascos posteriores, y con palabras cariñosas ayudó a Sol a ponerlo en pie.

«Stard» relinchó dolorosamente al sentir sobre su lomo la suave mano de la muchacha, pero se agitó inquieto tratando de huir el cuerpo al contacto de la mano.

Sol, que se preciaba mucho de conocer los caballos, afirmó:

—Este animal debe sufrir alguna lesión. Esa inquietud no procede del pánico que ha sufrido ni del esfuerzo de la carrera. Veamos si descubrimos el origen de su malestar.

Aflojó la cincha y le alivió del peso de la silla, pero al levantar ésta, sus ojos se clavaron en unas terribles desolladuras que presentaba precisamente en el lugar donde descansaba el borde de la montura.

—¿Qué es esto? — preguntó Sol asombrado—. ¿Quién diablos ha ensillado este caballo?

Fay, alarmada, echó un vistazo a las heridas que sangraban levemente y contestó:

—Yo misma lo ensillé, pero... ¡no es posible que esas heridas procedan de la silla! ¡No me lo explico!

Sol tomó el adminiculo y lo repasó con ojos escrutadores. A pesar de que la tarde estaba muy avanzada y de que las sombras se cernían por el valle, le pareció observar ciertos reflejos menudos en la parte interior y pasando la mano suavemente, la retiró con viveza al tiempo que lanzaba un terrible juramento.

Fay, asustada, preguntó:

—¿Qué sucede, por Dios?

—¡Oh!... Perdone si me he expresado violentamente, pero aquí sucede algo raro en lo que me da miedo pensar. Haga el favor de pasar la mano suavemente por aquí.

Fay obedeció, retirando la mano vivamente.

—¿Se ha arañado usted? preguntó Sol.

—Un poco...

—¿Sabe usted qué es esto?

—No... Parece vidrio.

—Así es. Vidrio molido; algo cruelmente refinado que inventó algún *cowboy* de mala sangre para irritar los caballos de sus enemigos y exponer a los jinetes a una muerte cierta. A mí me colocaron el truco domando cierto caballo salvaje y si ahora lo cuento, fue por un milagro divino. Es el tormento más refinado y mortal a que se puede someter a un pobre animal de estos. Conforme galopan, la silla va rozando los flancos y adentrándoles el polvo del vidrio en la herida, hasta hacerles enloquecer. Entonces, el caballo más noble se vuelve una fiera y no hay quien le domine...

Fay, que le escuchaba aterrada, murmuró con voz truncada:

—Pero entonces... ¿Quién...?

No se atrevió a terminar la frase de miedo que le causaba llegar a una conclusión; pero Sol, que había, ido con el pensamiento más allá que ella, repuso fieramente:

—¿Quién ha podido emplear este procedimiento salvaje...? Si no ha sido usted no tendrá que ir muy lejos en sus sospechas para buscar al autor. Alguien tenía interés en que su caballo, irritado y enloquecido, se lanzase a todo galope por un camino que usted había de recorrer con seguridad. La barranca trágica era la meta de esta carrera mortal y solamente dos manos han podido intervenir en este refinado intento de crimen.

Fay, con los ojos terriblemente dilatados, se llevó las manos al pecho llena de angustia, intentó decir algo y, lanzando un terrible alarido, perdió el equilibrio y cayó en tierra desmayada.

Sol intentó tomarla en el aire antes de que se desplomase, pero no lo consiguió. El efecto de sus palabras había sido tan fulminante, que la pobre joven, aterrada al vislumbrar la posible verdad, perdió el sentido por la fuerza del efecto que le había causado sospecharla.

Se inclinó sobre el cuerpo de la muchacha y, tranquilo al convencerse de que no se había hecho daño alguno, la dejó reposar mientras examinaba al atormentado caballo. Este, más tranquilo desde que le habían despojado de la silla, seguía agitándose con temblores nerviosos y Sol se apresuró a lavarle la herida con agua del arroyo, procurando eliminar de ésta las vidriosas raspaduras que encendían su sangre.

Mientras trabajaba en esta delicada operación, monologaba terriblemente furioso:

—Bien, señor Holt; me parece que con este truco hemos descubierto algún otro del que me dará usted cuenta inmediata, o su querido y apacible hijo. ¿Conque les estorbaba la joven y por eso

han tratado de eliminarla cómo...? ¡justo!, como eliminaron a su padre... ¡Ya! Por algo ella sospechaba que la muerte de su padre no había sido normal... Claro que no debió serlo... Este truco es infalible... La silla con raspaduras de vidrio... un tiro disparado a escondidas para acabar de irritarle y... la barranca como meta de tan delicioso y bien meditado plan.

»¡Magnífico, señor Holt! Solamente que esta vez no han contado ustedes conmigo y esos olvidos son trágicamente peligrosos. Ahora me van a tener que dar ustedes muchas cuentas de cosas que no sospechaban, y esas cuentas, a la hora de saldarlas, les van a costar un precio muy dramático. ¡Cómo me llamo Sol King que así va a suceder!

Terminó de lavar la herida al caballo, que ahora se mostraba más dócil y agradecido, y cuando concluyó colgó cuidadosamente la silla de un extremo de la suya y se dispuso a cuidarse de Fay, que seguía desmayada.

La noche había ya cerrado y el cielo, de un azul fuerte y sereno, dejaba refulgir miríadas de estrellas que parpadeaban intensamente como diamantes perdidos en la inmensidad del espacio.

De repente, una honda inquietud le acometió. ¿Habrían seguido a la joven para cerciorarse de que su criminal proyecto había cristalizado trágicamente, o esperarían confiados a que alguien descubriese el accidente y fuese a comunicárselo como una cosa fortuita que estaban lejos de sospechar?

Ante este temor, se apresuró a atar juntos ambos caballos y tomando entre sus férreos brazos el inanimado cuerpo de la joven, se alejó de aquel lugar buscando otro más oculto a miradas indiscretas.

Su montura le siguió dócilmente, arrastrando en pos de ella a la de Fay, y cuando se creyó a cubierto de miradas curiosas, se dedicó por entero a la joven.

Esta tardó más de dos horas en volver en sí. Había sido tan fuerte la impresión recibida, que su delicado espíritu no pudo soportar la terrible sospecha de un atentado contra su persona por parte de su tío.

Cuando por fin recobró el conocimiento y con él la facultad de recordar, una horrible congoja se apoderó de ella. Algo muy íntimo y espiritual se había derrumbado en su interior y al solo pensamiento, toda su alma se anegaba en amargura terrible y demoledora.

Sol, dándose cuenta de su sufrimiento, advirtió:

—Creo que no se debe preocupar tanto por ello, señorita Fay. Al contrario, debe alegrarse de que esto se haya producido con las menores consecuencias para usted. De no haber sido así y caso de

haberse salvado de esta horrible maquinación, le hubiesen tendido otra u otras hasta conseguir sus criminales propósitos.

—Pero, ¿por qué?

—Eso lo vamos a averiguar pronto. Hay muchos puntos oscuros que deben aclararse y creo que los vamos a aclarar con la luz del sol. Por lo pronto, usted no puede volver a su casa.

—¡Dios mío!… ¡No volver a mi propia casa!

—No, al menos mientras no salgan de ella esos miserables, y no tardarán en salir. Ahora la voy a llevar a casa de Buttu, donde quedará usted bajo su custodia hasta que yo dilucide este tenebroso asunto.

—¿A casa de Buttu? ¿Qué dirán cuándo sepan…?

—No pueden decir nada. No la voy a echar de nuevo en brazos de esos monstruos que si se ven perdidos no vacilarán en llevarla a usted por delante. Aparte esto, la cosa se resolverá pronto. Quizá cuando la gente sepa algo de este asunto, no esté usted tampoco allí. ¿Vamos?

—Pero no puedo montar a caballo —exclamó ella compungida—. ¡Tengo todos los huesos molidos!

—Iremos a pie. Tampoco su caballo podría soportarla ahora. Tiene la carne chorreando sangre.

—¡Pobre «Stard»! ¡Tan bueno como es el infeliz!

—No se preocupe, que también le vengaremos. El caballo tiene el mismo derecho a una satisfacción que cualquier humano mortal.

Lentamente, llevando los cuadrúpedos de las bridas, emprendieron el camino del pueblo bajo el palio brillante de las estrellas.

Sol, en guardia, no apartaba la mano de sus revólveres y espiaba el paisaje con atención, rehuyendo cruzar por sitios cubiertos, factibles de una emboscada. Ignoraba los movimientos de los Holt y temía que les acechasen para consumar desesperadamente su terrible plan.

El pueblo se encontraba bastante alejado y cuando por fin penetraron en él, la noche estaba muy avanzada.

Sol se dirigió directamente a las oficinas de Buttu, sufriendo una grave contrariedad al hallarlas cerradas y saber al *sheriff* ausente de ellas.

—Entraremos por la puerta del corral—afirmó—. Es fácil levantar la tranca.

Ejecutó la maniobra y penetraron dentro. Las oficinas se hallaban a oscuras y Sol encendió el quinqué después de haber cerrado las contraventanas para evitar que ojos curiosos fisgoneasen el interior.

Al depositar el adminículo sobre la mesa, descubrió en ella una

nota de Buttu que decía:

> «Querido amigo Sol. Ignoro sus movimientos y, como ya es tarde me voy a la cita con Fay. Le dejo esta nota para que no se inquiete y sepa mi paradero.»

Sol lanzó un juramento. Había olvidado el detalle y ya nada podía hacer por evitar la salida del joven.

—¿Qué sucede? —preguntó Fay, que se habla dejado caer, cansada y molida, sobre una silla.

—Que Buttu ha salido para ir a entrevistarse con usted. Me había olvidado de esa cita.

—¿Y qué? —insistió la joven.

—Que no me gusta eso nada en estos momentos en que su tío y quién sabe si su primo, estarán alerta y pueden sorprenderle. Voy en su busca.

Fay, asustada, se levantó suplicando:

—¡Oh, sí, por favor! Búsquele y tráigale para aquí. Me moriría de angustia si se viese expuesto a un grave peligro por mi causa.

—Bien. Voy a hacerlo así, pero le ruego que no salga de aquí ni abra a nadie en nuestra ausencia. Buttu lleva llave y yo sé entrar por el corral. Si llaman, hágase la desentendida. A la derecha del pasillo, hay una habitación con una cama. Acuéstese y procure descansar. Yo le prometo velar por su prometido.

—Muchas gracias — exclamó ella conmovida—. Es usted demasiado bueno tomándose tantas molestias y corriendo tantos peligros por una causa en la que todo lo expone y nada va a ganar.

—Tengo mi interés en ello. Me llaman «E1 Vengador» porque he dedicado mi existencia a castigar a los malos en favor de los buenos, y para mí es una satisfacción saber cumplir mi cometido. En esta ocasión tengo que vengar la muerte del padre de Buttu, a quien despacharon delante de mí sin que pudiera evitarlo, y vengar lo que han pretendido hacer con usted. Solamente cuando haya dejado satisfecha esta necesidad me consideraré relevado de este compromiso de honor.

Fay tomó el quinqué y se dirigió a la estancia mientras Sol abandonando las oficinas y montando nuevamente a caballo a todo galope, se dirigió a la propiedad de la joven. Sin saber por qué, un extraño presentimiento se había apoderado de él y temía que Buttu, aislado de toda protección y metido en terreno enemigo, podría ser víctima de alguna emboscada de los Holt, los cuales, al parecer, habían perdido el control de los nervios desde que lanzara su reto contra Dan, y buscaban alguna finalidad que se escapaba en aquel momento a su percepción, pero la que se proponía descubrir.

Por fin alcanzó el camino que conducía a la casita. Desde lejos y a la clara luz de la luna, descubría confusamente la blanca silueta

del edificio y la sombra de la cerca de espinas que se perdía a lo lejos formando una línea desigual para marcar el acotamiento.

Un silencio impresionante reinaba en derredor de él y Sol lo consideraba de mal agüero. Si Buttu había llegado como era lógico y no había recibido contestación a las llamadas, debía andar por los alrededores o escondido en algún sitio y tenía que verle y reconocerle.

Pero Sol no descubría huella alguna. Ni siquiera el caballo del joven ramoneaba por parte alguna.

Se hallaba a un cuarto de milla del cercado, cuando en la serenidad de la noche vibró un disparo e inmediatamente otro. Luego volvió a reinar el silencio más absoluto. Sol, con los nervios tremantes, exigió de su caballo el máximo de velocidad y como un meteoro se lanzó hacia adelante, ganando por fin la cerca.

Al asomarse por los espinos, emitió un rugido de terrible cólera. Sobre la reseca tierra acababa de descubrir un cuerpo caído, que adivinó debía ser el de Buttu.

CAPÍTULO ÚLTIMO

LA LUZ DE LA VERDAD



OMINADO por la impaciencia, Buttu había estado contando los minutos que transcurrían lentamente para sus nervios. Ansiaba ver a su amada y el tiempo se le hacía infinitamente largo y pesado.

Por fin, bastante antes de la hora de la cita, cerró la oficina y montando a caballo, decidió darse un paseo antes de acudir a la entrevista.

Como Sol no le había dado cuenta de su plan para aquella tarde, le creía realizando pesquisas y no sospechaba que en aquellos momentos se encontrase en compañía del objeto de sus preocupaciones.

Dio un largo rodeo y cuando llegó a una distancia prudencial, ató el caballo a un árbol protegido por un espeso seto y, ocultándose como mejor pudo, alcanzó el terreno acotado, al que pensaba dar la vuelta para llegar a la casita por su parre posterior.

El baldío terreno de Fay se dilataba tersamente sin obstáculo alguno, pero en el centró David había construido con ayuda de su hijo un tosco y largo barracón, en el que debía encerrar leña u objetos no útiles de momento, pues siempre le había observado cerrado y con un recio candado en la tranca de la gran puerta.

Aquella noche, al deslizarse por el espino frente a dicho barracón, le pareció observar luz a través de las junturas mal unidas de los tablones, e intrigado por ello, trató de averiguar si se trataba de una alucinación suya o si realmente había alguien dentro de la barraca.

Le interesaba comprobarlo antes de aventurarse a llamar a Fay, pues si andaban despiertos los Holt, podían descubrirle y darle que sentir.

Rápidamente, se arrojó a tierra para que la luz de la luna no le descubriese, y a través de la cerca, atisbó lo que sucedía en el barracón.

Ahora estaba seguro de no haberse engañado. La luz variaba de

posición en el interior, brillando unas veces a través de unas junturas y luego de otras.

Buttu estaba intrigado. ¿Qué haría allí el viejo Holt y qué buscaría tan urgentemente de noche en aquella construcción abandonada, en la que solamente cachivaches inservibles o leña para el invierno podía guardarse?

Consumido por la impaciencia, esperó hasta que, pasada media hora, la luz se extinguió y la puerta se abrió con mucho sigilo, apareciendo en el vano la cabeza de Dan.

Buttu contuvo un grito de asombro al reconocerle. Le creía en Austin, pero sin duda motivos poderosos le habían obligado a regresar, ocultándose a las miradas de sus convecinos.

Dan registró con la mirada el terreno, no logrando descubrir a Buttu porque éste se encontraba pegado a la tierra como un lagarto, y, satisfecho del examen, abandonó la barraca seguido de su padre.

Ambos portaban dos grandes esportillos que debían contener algo pesado por los esfuerzos que hacían para acarrearles, y tras entornar la puerta, se dirigieron penosamente a la casita, desapareciendo en el interior.

Buttu, dominado por una vivísima curiosidad, se incorporó echando un vistazo al barracón. Este se hallaba a unos sesenta pasos en línea recta y el joven imprudente, anhelando descubrir el misterio de aquella actitud sigilosa, concibió el arriesgado plan de saltar la cerca, correr a la barraca, echar un vistazo al interior y volverse. Creía contar con tiempo suficiente, pues todo sería cuestión de pocos minutos.

Sin pensarlo, se irguió, se despojó de la chaqueta colocándola sobre los espinos y de un limpio salto rehuyó el peligro de los erectos pinchos y se encontró al otro lado. Como un gamo corrió hacia la barraca y, empujando la puerta, penetró en el interior, oscuro como boca de lobo. Sacó los fósforos y encendió uno protegiéndolo con la mano.

El interior estaba completamente vacío. Sólo pudo localizar varios picos y azadones y algunos esportillos, pero lo que más le llamó la atención fue descubrir un gran hoyo en el centro, en el que debían haber estado cavando recientemente.

Cada vez más intrigado, se acercó al hoyo y a la débil luz del fósforo lo examinó. Estaba vacío, pero le pareció que la tierra despedía ciertos reflejos metálicos que aumentaron su asombro.

En el suelo, junto a él, había un pedazo de duro cuarzo que recogió con curiosidad examinándolo. El cuarzo brillaba también y Buttu, satisfecho, se lo echó al bolsillo y decidió volver a saltar la cerca, borrando las huellas de su atrevida visita.

Pero apenas había cerrado la puerta y se disponía a regresar, en

el vano de la puerta de la casa surgieron las odiosas siluetas de Dan y su padre. Ambos le descubrieron cuando emprendía veloz carrera y lanzando un rugido salvaje, vibraron dos detonaciones casi simultáneas y Buttu, alcanzado por alguno de los disparos, rodó por tierra como un conejo, quedando inmóvil sobre ella.

Padre e hijo se miraron intensamente pálidos y Dan, furioso, gruñó:

—¡Me parece que todo se ha estropeado, padre! Ese maldito lo ha descubierto todo y su muerte va a ser causa de la nuestra. Lo más prudente es huir con lo que tenemos ya.

—¡Maldita sea nuestra suerte! —bramó el viejo—. ¡Ahora que la cosa parecía haber llegado a su fin! Asegúrate de que está bien muerto y vámonos. Los caballos están preparados.

—Tiene que estarlo, padre; si no, hubiere contestado al ataque. Así lo devoren los coyotes antes de que descubran sus malditos despojos. Vamos pronto.

Desaparecieron en el interior de la casa y un silencio trágico volvió a reinar en la llanura.

* * *

Sol, como una exhalación, alcanzó los alrededores del lugar de la tragedia y, desmontando, dejó su caballo lejos de la cerca, corriendo hacia ésta desalentado.

Al llegar a ella descubrió sobre los espinos una chaqueta que reconoció al instante como propiedad de Buttu y, saltando al otro lado, corrió hacia el barracón con el revólver en la mano.

Acababa de descubrir el caído cuerpo del *sheriff* tumbado de bruces sobre la tierra, y dejándose caer sobre él le volvió cara a la luna.

El joven estaba lívido. Una roja mancha de sangre brotaba del costado y sus manos agarrotadas se plegaban contra el pecho.

Sol miró a todos lados, no descubriendo a nadie y, ciego de furor, rasgó la camisa de Buttu poniendo al descubierto la herida.

Nervioso, hizo tiras su pañuelo e introdujo en el orificio un pequeño tapón para contener la hemorragia. El corazón del herido latía con violencia y Sol predijo que la herida, aunque grave, no parecía mortal si se cortaba la sangre, que fluía, intensamente.

En uno de los movimientos, descubrió entre los engarabitados dedos del *sheriff* el pedazo de cuarzo que éste había tomado y con no poco esfuerzo, se lo arrancó de la mano.

Apenas hizo un somero examen de él, lanzó una exclamación de terrible sorpresa. Entendido algo en minerales, no vaciló en

asegurarse a sí mismo que aquel pedazo de tierra contenía oro.

Por su cerebro cruzaron infinidad de ideas, muchas claras como la luz del sol y un grito ahogado de alegría acudió a su garganta.

Ahora se explicaba muchas cosas y parte de lo que aparecía envuelto en el misterio, dejaba de serlo para aparecer diáfano y transparente.

Se hallaba inclinado sobre el trozo de cuarzo, cuando un terrible juramento, seguido de una no menos terrible maldición, brotó de la casita y un disparo impresionante rasgó el silencio, silbando la bala siniestramente por encima de la cabeza de Sol.

Este se arrojó al suelo y contestó.

El viejo David, que era quien había disparado, emitió un rugido de dolor y de rabia y dejó caer el revólver, apoyándose en el quicio de la puerta, en el momento en que Dan, alarmado por el disparo hecho por su padre y por el rugido de éste, saltaba como un tigre por el vano buscando al agresor.

Sol, protegiendo con su cuerpo el de Buttu, disparó al mismo tiempo que Holt, pero ninguno de ambos consiguió hacer blanco debido a la precipitación con que dispararon.

De nuevo tronaron los revólveres y esta vez Holt, rugiendo como un tigre, soltó el revólver al recibir el proyectil en la mano derecha.

Sol, con los ojos brillantes de alegría, saltó dispuesto a reducir a Dan a la impotencia. Imposibilitado para manejar el revólver, estaba seguro de hacerse con él y anularle, para entregarle a un tribunal que le colgase de una buena rama.

Holt, con los ojos inyectados en sangre y la mano destrozada por el balazo, no se resignaba a ser cogido e intentó fugarse, pero Sol le persiguió saltando tras él al interior de la casita.

Pero Dan, que poseía una fuerza hercúlea y una vitalidad terrible, se revolvió en el estrecho pasillo, cayendo sobre su agresor como una roca. Sol, cogido de sorpresa, no pudo evitar el ataque y, dejando caer el revólver, trató de reducirle a puñetazos.

Pero Dan, desesperado con las fuerzas centuplicadas por la herida y la rabia, le apretó contra la pared, en la que trató de ahogarle con la mano sana que le quedaba.

Sol sintió la presión angustiosa en el cuello y sólo pudo evitarla clavándole la rodilla en el vientre.

Holt se dobló un poco y Sol aprovechó el movimiento para evadir el cuello a la presión y administrarle un soberbio puñetazo en el rostro, pero esto no bastaba para reducir al gigante, que apeló a sus potentes piernas para patear a su enemigo con saña increíble.

Sol acusaba los golpes y los devolvía con el mismo furor. Aquello no era una lucha entre dos hombres, sino entre dos fieras atacadas del más salvaje paroxismo de destrucción. Sus cuerpos

rebotaban contra las paredes como pelotas, para volver a buscarse ciegamente y Dan, a pesar de su falta de facultades, era un enemigo terrible, muy difícil de abatir.

En uno de los continuos saltos que ambos se veían obligados a dar, Sol se escurrió y cayó al suelo. Su mano al apoyarse en las tablas tropezó con el revólver y empuñándole con furor inaudito, esperó.

Cuando Dan, con los ojos velados por un halo sangriento se arrojó sobre él, un terrible golpe administrado con la culata le hizo vacilar y, antes de que tuviera tiempo a reponerse, un segundo golpe más feroz le obligó a desplomarse como una sólida masa.

Sol se levantó penosamente. Le dolía la cabeza de un modo terrible y le acometían unas furiosas náuseas producidas por el mareo.

Por fin logró serenarse y, tambaleándose como un borracho, rebuscó por toda la casa hasta descubrir un buen manojo de cuerdas, con las que procedió a atar sólidamente al energúmeno de Dan. Cuando le dejó reciamente amarrado, salió al exterior, examinando el cuerpo de David.

Este había recibido el tiro en el pecho a la altura del hombro. Sangraba abundantemente, pero no había muerto. Desdeñando atenderle, le amarró como a su hijo y cuando quedó seguro de que no podrían desatarse, corrió en busca del cuerpo de Buttu, que seguía privado de conocimiento. Ya no sangraba, pero el pulso se mostraba débil y su cara estaba blanca como la cera.

Con sumo cuidado lo colocó sobre el caballo, y todo lo rápidamente que le fue posible se dirigió al pueblo. Una angustia infinita le dominaba al ponderar que la pérdida de sangre, la molestia de aquel viaje y la misma gravedad de la lesión pudiesen poner en peligro su vida.

Por fin, se detuvo anhelante ante la morada del médico, al que tuvo que levantar del lecho para que se hiciese cargo del herido. El doctor, un viejo texano que había recompuesto la piel a muchas docenas de irascibles vaqueros, examinó atentamente a Buttu y, dirigiéndose a Sol, sentenció:

—Todavía le quedará aliento para recibir unas cuantas caricias de plomo como ésta. No se alarme, que todo será cuestión de un mes.

Sol respiró hondamente al conocer el dictamen facultativo y, recomendándole que cuidase de él con todo cariño, se encaminó a las oficinas. Tenía que dar cuenta a Fay de lo sucedido y calmar sus nervios, pues estaría angustiada ante la tardanza de ambos.

No había alcanzado aún el pequeño edificio, cuando se envaró, llevando la mano al revólver. A sus oídos acababa de llegar

confusamente un rumor de voces, gritos airados, galopar de caballos y disparos de revólver.

El joven se detuvo dudando. ¿Qué habría sucedido para provocar aquella ola de inquietud en el pueblo?

De súbito, cuando se detenía a la puerta de la oficina, un grupo de jinetes llegó a todo galope y, desmontando antes de que las monturas se detuvieran, se lanzaron sobre la puerta de las oficinas gritando:

—¡Buttu!... ¡Buttu!... ¡La presa!... ¡Han volado la presa!

Sol palideció al oírles y acercándose al grupo, les contuvo gritando:

—¡Calma! Buttu no está en este momento... Hablar. ¿Qué ha sucedido?

—¿No lo oye? —replicó uno nervioso—. ¡Que han volado la presa! ¡El agua corre a raudales por las tierras de Miles y amenaza con inundar parte del pueblo!

Sol, dándose cuenta del peligro y al verse rodeado de un gran número de habitantes despavoridos gritó:

—¡Oídme!... Buttu no puede atenderos porque en este momento está herido. Le han acertado con una bala que por milagro no acaba con él. Yo sé quién ha sido el criminal, como sé quién ha volado la presa. Ahora sí que lo sé seguro y por qué la ha volado. Seguir mi consejo... que desalojen aquella parte que pueda estar en peligro y que salven lo que puedan. Media docena que me acompañen. Tengo en mi poder a los autores de esta catástrofe y les he dejado heridos y atados para que no puedan escapar.

Un rugido de ira estalló en la masa y docenas de voces se elevaron iracundas gritando:

—¿Quiénes son? ¡A colgarlos! ¡A colgarlos!

—¡Un momento! —advirtió Sol enérgico—. Si hubiese querido castigarles por propia mano, ya estarían muertos y no necesitaría de vosotros. Los preciso vivos para que declaren sus crímenes y sufran después el castigo que merecen con arreglo a la Ley.

—¿Quiénes son? —rugieron a coro.

—¡David Holt y su hijo Dan!

—¡Mueran los Holt! —fue el anatema general, y un aluvión de caballos se lanzó al galope hacia la finca de Fay, dispuesto a apresar a los culpables y a aplicarles el merecido castigo.

Sol se vio en un apuro para contener las iras de la muchedumbre y solamente afirmando de modo categórico que sin la declaración de ambos no sería posible establecer la verdad, consintieron en respetar sus vidas.

Cuando regresaron con ellos a lomos de los caballos para encerrarles en el calabozo que había instalado en las oficinas de

Buttu, todo el pueblo aparecía conmocionado.

A la luz de la luna, esforzándose ímprobamente, todos los habitantes trabajaban en el salvamento de los ajuares de las casas instaladas en la parte baja junto al barranco, por donde el agua, desbordada sin freno, rugía como una catarata, rebasando el embalse y corriendo a desahogar en el pantano, aún sin concluir.

El ingeniero jefe de las obras, aterrado, reclutaba gente para buscar la forma de achicar el volumen de agua y reparar la avería, y solamente cuando el sol empezó a lucir, pudieron ser reducidas las proporciones de la catástrofe.

Fay, que se había lanzado a la calle desde los primeros momentos, buscó a Sol, a quien angustió a preguntas, y éste se vio obligado a contarle la verdad, enviándola junto al herido para que se cuidase de él, en tanto que los más destacados e impacientes elementos del poblado, organizaban a toda prisa un tribunal que juzgase a los Holt.

Sol se trasladó a la sala donde debía celebrarse la causa. Había hecho trasladar también las dos espuertas de cuarzo descubiertas en la casita y la silla de montar del caballo de Fay.

David y Dan Holt fueron trasladados a la sala, mal vendados y maniatados como recentales. Ambos, fulminaban a la multitud con la mirada y en particular Dan, era peor que una fiera.

Cuando el tribunal, compuesto por un ranchero, un granjero y dos *cowboys* requirió los testigos de la acusación, Sol se levantó en medio de la expectación general, afirmando:

—Acuso a David y Dan Holt de los siguientes crímenes: De haber reclutado gente que volase la presa; de haber dado muerte al *sheriff* Joe Merrit por conducto de los desalmados a sus órdenes; de haber asesinado al padre de Fay Hasting; de haber intentado asesinar a ésta de la misma manera que a su padre; de haber herido al actual *sheriff*, Buttu Merrit; de haber pretendido asesinarme a mí a traición junto con Buttu y de haber conseguido volar últimamente la presa.

Dan lanzó un rugido, llamándole embustero, pero Sol sin hacerle caso, continuó:

—Voy a probar los hechos y a demostrar por qué se llevó a término toda esta trama infernal.

»Un día, el padre de Fay descubrió, por casualidad seguramente, que en sus yermos terrenos colindantes con su casa, existía oro. Se guardó el descubrimiento, pero hizo alusiones veladas a él, al asegurar que se iba a construir un palacio en el poblado. Otro día, ignoro por qué procedimiento, su cuñado David Holt, descubrió el secreto del padre de Fay y en combinación con su hijo decidió apropiarse del tesoro. La única forma de ello era eliminar al padre de la muchacha y lo eliminaron muy sabiamente de una manera

que más tarde explicaré.

»Muerto éste y nombrado David tutor de Fay, tenía necesidad de deshacerse de ella si no aceptaba unirse en matrimonio con Dan. Si aceptaba esto, el tesoro pasaría a manos de ambos por conducto del matrimonio y si no aceptaba, se imponía eliminarla para convertirse en sus herederos.

»Mientras se decidían por una de las dos soluciones, surge inopinadamente el pleito de la presa. Si se varía el cauce, el agua ha de pasar por los terrenos de Fay, privándoles de su posible herencia o descubriendo el secreto del oro, y para evitarlo, se contrata gente que vuele la presa y haga correr el agua por la barranca de Miles, con lo cual ya nadie podía remediar lo inevitable.

»Al fracasar el golpe y descubrir la pista el *sheriff*, lo hacen matar, pero sigue el peligro de que varíen el cauce, con lo que el tesoro siempre está en peligro para ellos. Entonces, y vista la negativa de Fay a casarse con su primo, deciden precipitar los acontecimientos y ayer, aprovechando que la muchacha iría a depositar unas flores donde murió su padre, apelan a un procedimiento bárbaro para eliminarla por accidente.

»Impregnan el reverso de la silla del caballo con vidrio machacado y, al roce, el pobre animal, enloquecido y sin freno posible, se lanza ciegamente al barranco, único camino abierto ante él, y de no haber sido por mí, que andaba por aquellos lugares y pude intervenir a tiempo con mi lazo, Fay Merrit estaría a estas horas en el fondo de la barranca, como cayó su padre por el mismo procedimiento.

»Inmediatamente, creyéndola muerta y acosados por mí, que les amenazaba peligrosamente, deciden intentar de nuevo la voladura. Si la presa revienta y el agua corre, ya nadie podrá intervenir en los terrenos, que por herencia pasará a su poder y Holt hijo, en lugar de ir a Austin, como aseguraba su padre, se ocupaba personalmente en colocar ese trágico barreno que ha conseguido por fin llevar el agua por su primitivo trazado.

»Mientras, se dedicaban a extraer el oro posible de la tierra de su sobrina y todas las noches, dentro del barracón trabajaban extrayendo cuarzo, que limpiaban separando el oro.

»Pero anoche, Buttu les sorprendió cuando salían de la barraca con las espuertas del cuarzo, y aprovechando un momento saltó la cerca y descubrió el secreto; pero, descubierto a su vez, fue abatido de un disparo que le hirió gravemente.

»Más ya estaba yo sobre la pista de sus crímenes y llegué a tiempo para intervenir. Hice caer a David de un tiro y destrocé la mano de Dan con otro, viéndome obligado a pelear fieramente con él hasta dominarle.

»Esta es la historia que el jurado puede comprobar, obligándoles a declarar. Como pruebas he aquí algunas:

»Esta es la silla del caballo de Fay. Se puede descubrir a simple vista el polvo de vidrio que enloqueció al caballo, lanzándole contra la barranca; éste es el trozo de cuarzo que Buttu tomó del barracón cuando fue descubierto por los Holt y que pueden examinar, y éstas las espuertas recién sacadas que descubrimos en la casa. Ahora, el jurado tiene la palabra.

Dan, rabioso, rugía y gritaba como un demonio, negándolo todo, pero su padre, más agotado y creyéndose próximo a morir a causa de la herida, confirmó toda la teoría de Sol.

Inmediatamente, el jurado dictó su fallo, fallo terrible que nadie podía evitar. Condenados a ser colgados, la multitud se apoderó de ellos y arrastrándoles hasta el lugar más próximo donde hallaron dos buenos árboles, allí les colgaron en medio del más espantoso escándalo.

Cumplida su vengadora misión, Sol se dirigió a las oficinas de Buttu, adonde éste habla sido trasladado. Allí, a la cabecera del lecho, se hallaba Fay cuidándole y Buttu, que se había repuesto un tanto de la gravedad, exclamó al ver a Sol:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué esa gritería tan horrible?

—Porque la justicia humana ha cumplido su misión. Los Holt han purgado la muerte de su padre y del de Fay, así como el resto de sus latrocinios, que han reconocido por boca del cobarde David, alma de toda la trama. La paz volverá a reinar en Georgetown y ustedes podrán casarse, ser felices y ricos, puesto que su prometida posee ahora una mina de oro que puede contener un filón.

Ambos, conmovidos, estrecharon la mano de Sol y Buttu suplicó:

—Sol, le debo tanto, que no sé cómo pagarle esa deuda. Espero que se quedará hasta mi boda y que me honrará con su padrinaje.

Sol estrechó su mano agradecido, diciendo:

—Lo siento, Buttu, pero no puede ser. Yo también tengo que hacer algo útil por el Oeste. Busco a alguien que estará cometiendo muchas fechorías y que cuanto más tarde en encontrarle, más latrocinios llevará a cabo. Debo no perder minuto, pues de haberlo perdido antes, de nada le hubiese servido mi ayuda.

»Adiós, y que sean muy felices. Algún día pasaré por aquí de nuevo y me sentiré dichoso estrechando sus manos. Ahora me reclama mi misión, que no puedo abandonar.

Y con paso lento abandonó la estancia, limpiándose furtivamente una lágrima de emoción que brillaba en sus ojos.

FIN

Artes Gráficas GRIJELMO S. A.-Bilbao